G. GONZALEZ DE ZAVALA

y J. LOPEZ ARISTEGUI

MIGUEL SERVET

TRAGEDIA

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO

Calle del Olivar, núm. 4

1915

BERKELEY, CALIFORNIA

MIGUEL SERVET

Germán González de Zavala y Joaquín López Arístegui

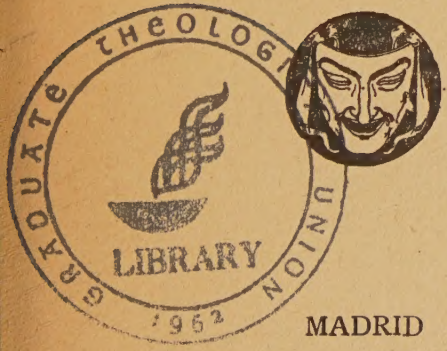
MIGUEL SERVET

TRAGEDIA EN TRES ACTOS

INSPIRADA EN UNA NOVELA HISTÓRICA

DEL

DOCTOR POMPEYO GENER



Property of
CBSK
Please return to
Graduate Theological
Union Library

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
Calle del Olivar, núm. 4
1915

Q
613
D57
M53
1915

ES PROPIEDAD

N52
G589

PERSONAJES

Isabel de Salènove
Rosa
Laura
Sor María
» Inés
» Juana
» Asunción
Margarita
Hermana 1.ª
» 2.ª
Miguel Servet
De Amié Perrín
Lafontaine
Fritz
Luis de Córdoba
Berthelier
D' arlod
Trovador
«Chapeo rojo»
Barón de Monti
Vandel
Chautemps
Bebedor 1.º
» 2.º
Conrado
Jessé
Un peregrino
Peregrino 2.º
Un pastor
Pastor 2.º
Un colono
Esbirro 1.º
» 2.º
Un amigo de Monti
Otro » »
Un pregonero
Un criado

Colonos, pastores, marmitones, esbirros, etc., etc.

17343

ACTO PRIMERO

En la Abadía de Bellerive. Ducado de Saboya, pasa la acción de este primer acto del drama.

Epoca, año de 1553.

La escena representa una sala decorada al estilo del Renacimiento.

Al fondo, sobre amplio ventanal, en vidrios de colores, están grabados los escudos de la Orden de San Benito y del Condado de Viry.

A través de ese ventanal se divisa, allá á lo lejos, la montaña de la Salève, cuya cima se pierde bajo un manto de inmaculada y eterna blancura.

En lateral izquierda, primer término, hay una biblioteca y delante de ésta una mesa-escritorio rodeada por cuatro sillones de cuero de Venecia; sobre la mesa varios libros, una escribanía y dos enormes candelabros; á ambos lados, una esfera armilar y otra terrestre.

Lateral derecha, primer término, dando frente á la biblioteca, trono tallado en madera, con alto respaldo rematado por una crestería de labores caladas.—A ambos extremos del trono, pedestales sosteniendo mármoles antiguos.

Al fondo, junto al ventanal, debajo de los escudos, dos sillones idénticos á los que rodean la mesa.

Laterales derecha é izquierda, segundo término, puertas de acceso á la sala.

Derecha é izquierda, las del espectador.

ESCENA I

Al comenzar á alzarse el telón, óyese el débil tañido de la campana de la Abadía, que llama á oración.—Al fondo de la sala, de pie y como abstraída en la contemplación del paisaje, aparece SOR JUANA.—Luego SOR INÉS y SOR MARIA.

SOR JUANA

Como hablando consigo misma.

En la torre cercana
la voz grave, metálica y sonora
de la vieja campana,
nos recuerda la hora
de elevar la oración que á Dios debemos.
¡Oremos!...

Se santigua con verdadera unción y reza en voz baja. Volviendo luego á su soliloquio y extasiándose en la contemplación del bello panorama.

La montaña arrogante y pintoresca
nos muestra su hermosura peregrina,
que es obra gigantesca
de la mano divina
que todos en el mundo veneramos
y amamos...

La voz de bronce vuelve á interrumpir la tranquila calma del atardecer, y á su conjuro, Sor Juana, uniendo sus pálidas manos sobre el pecho, torna á su plegaria fervorosa.

«Domine ad adjuvandum me festina».
«Donce poman inimicos tuos scabellum pedum tuorum»

SOR INÉS

Entrando con paso lento.

«Principium in die virtutis tue in explendoribus sanc-
[torum».

Siguen orando breves momentos con voz imperceptible, se santiguan, y Sor Inés, acercándose á la mesa, hace como si pusiera en orden algunos libros, mientras comienza á hablar con dulce acento.

SOR INÉS

Siempre os encuentro, hermana,
en éxtasis mirando la Saléve.

SOR JUANA

Me encanta, Sor Inés, mirar la nieve
cuando el sol con sus rayos la engalana.

SOR INÉS

Es grata esa visión; pero no entiendo
por qué, cuando en virtud de orden expresa
de la madre abadesa,
voy los claustros y celdas recorriendo
y á este salón asciendo,
os hallo tan callada y abstraída
que parece que estáis en otra vida
de más altas regiones
ó que un genio maligno os tiene asida
y os sugiere profanas tentaciones.

SOR JUANA

¡Jesús! Dios es testigo
de que esta humilde sierva
está limpia de culpa y aún conserva
valor para vencer al enemigo.
Os juro, Sor Inés...

SOR INÉS

¡Por Dios, Sor Juana!
No caigáis en la insana
manía de jurar, que es gran pecado,
y además de pecado tremebundo,
es recurso empleado

sin tasa y sin pudor en este mundo.
Hoy todos y por todo,
sin pensar en su honor, juran ser santos
y luego se encenagan en el lodo
que trueca sus venturas en quebrantos.
Jura el rey ser magnánimo y prudente;
mas cuando sube al trono,
conviértese en feudal y omnipotente,
carga al pueblo con rentas onerosas,
y no deja en su abono
más que espinas, en vez de frescas rosas.
Jura el rico magnate
ser fiel al ideal de su partido;
mas si pierde el combate
tras de larga defensa,
y consigue en la lid por recompensa
el dulce encanto del deber cumplido,
no contento ante el humo de la gloria,
de nuevo entre las huestes se destaca,
y con tal de obtener en la victoria
á más de gloria el oro,
olvida que juró, pierde el decoro
y cambia de casaca.
Luego si el juramento,
en las alas del viento,
es las más de las veces letra muerta
que deja en los mortales brecha abierta
á su libre albedrío,
¿de qué sirve, Dios mío,
jurar, si es cosa vana?

¿Os dáis cuenta, Sor Juana,
de esta triste y segura consecuencia?

SOR JUANA

Decís bien; mas la sabia Providencia,
que todo lo vigila desde el cielo,
hará que, arrepentido, bese el suelo
quien tenga ensombrecida la conciencia.

SOR INÉS

Es verdad.

Pausa.

Pero, ahora, recordando
lo que antes os decía,
con gran placer vería
que fuerais poco á poco refrenando
esa eterna manía
de extasiaros aquí constantemente
mirando las montañas que hay enfrente,
pues la Naturaleza es cual sultana
que seduce con bálsamos ignotos,
y bien pudiera, hermana,
haceros olvidar sagrados votos.

SOR JUANA

Vuestro consejo acato...

SOR INÉS

Que no sólo es consejo; es un mandato.

SOR MARÍA

Llegando por lateral derecha.

«Gloria in excelsis Deo.»

SOR JUANA

Gloria á Dios, Sor María.

SOR INÉS

Que á todos nos ampare con su sabiduría.

SOR MARÍA

¿Os acordáis, Sor Inés,
que hoy es
en esta santa Abadía
gran día?

SOR INÉS

No olvido en la recepción
mi misión.

SOR MARÍA

Recordároslo he querido.

SOR INÉS

Os lo agradezco.

SOR MARÍA

A Sor Juana.

Sor Juana,
acordaos que mañana
hay cátedra.

SOR JUANA

No lo olvido.

Pausa.

SOR MARÍA

¡Alabado sea Dios! Hoy la abadesa
á su abundante mesa
á más de veinte pobres ha sentado.

SOR JUANA

¡Bendita sea mil veces,
pues remedia con creces
los males del que está necesitado!

SOR INÉS

Su bondad se celebra
por todos.

SOR MARÍA

En Ginebra,
en Rávena y en Roma, tiene fama.

SOR JUANA

Dondequiera que va siempre derrama
el bien á manos llenas.

SOR MARÍA

Ella cambia las penas
en raudal infinito de alegría.

SOR INÉS

Escuchad, Sor María;
vos que á fondo sabéis toda su historia,
contadla, por favor...

SOR MARÍA

Haré memoria.

Sor Juana y Sor Inés se sientan en los sillones próximos al ventanal. Sor María, tomando asiento en el sitial que hay á la izquierda de la mesa, queda pensativa y como en un éxtasis de evocación.—A todo ello deben imprimir cierto carácter de religiosidad y recogimiento.

SOR MARÍA

¡Hace de esto treinta años!... Era entonces la abadía
una construcción de estilo gótico que á la sazón,
á los hoy difuntos condes de Viry (*), de hogar servía;
un frondoso y amplio parque por sus flancos se extendía,
y encerrábanla altos muros á manera de bastión.
Hija de los poderosos condes es nuestra abadesa
—vivo ejemplo de carácter bondadoso y celestial;—
rica y noble es por su cuna, que envidiara una princesa,
y en los viejos pergaminos de su estirpe rancia, pesa,
como carga de oro y mirra, su abolengo señorial.
Al morir sus nobles padres, y enjugado ya mi llanto,
Isabel de Salénove encontró una madre en mí.
No es posible que una madre pueda amar á su hija tanto.
¡Cuántas noches, bajo el cielo, se durmió al son de mi canto!
¡Cuántas veces en mis brazos cariñosos la mecí!

SOR INÉS

Fuisteis buena, y ahora os paga con hartura vuestro celo.

(*) Léase Virí.

SOR JUANA

Siempre os brinda las mercedes de su amor y su interés.

SOR MARÍA

Sí, me adora, y á mis años su cariño es don del cielo.
¡Que Dios vierta en su camino tanta paz como yo anhelo!

SOR INÉS

¡Es muy buena, Sor María!

SOR MARÍA

Suspirando.

¡Es un ángel, Sor Inés!

Pausa.

Fué la corte de Francisco primero de Francia, fuente
que á Isabel dió los veneros de su ciencia y su esplendor;
puso luego en los viajes su entusiasmo más ardiente,
y, por último, fué á Roma, la ciudad en cuyo ambiente
á las artes y á las letras se entregó con gran fervor.
Su talento fué bien pronto un florón más de hermosura

que añadir pudo á su historia de condesa provenzal;
y las obras literarias, y la ciencia, y la pintura,
fueron rayos poderosos que en su mente clara y pura
reflejaron con firmeza la visión de un ideal.
Muchos nobles y magnates le rindieron pleitesía,
pretendiendo la gloriosa recompensa de su amor,
é Isabel rechazó á todos, porque en todos descubría,
bajo un velo luminoso de extremada cortesía,
las ruindades que aprisionan un carácter soñador.
Mas el punto interesante de esta mal hilada historia
de Isabel, comienza cuando regresó á su amado hogar.
En Ginebra dió albas flores su virtud, y bien notoria
fué su espléndida hermosura, que, cual círculo de gloria,
la ilumina todavía como á santa en el altar.
Dióle el Papa su licencia para abrir este convento
de Damas Benedictinas, consagrado al noble fin
del estudio y la enseñanza, laudatorio y sano intento
que en el pueblo ginebrino dióle gran predicamento
y que para el caserío de Eluiset sonó á festín.
Fijó, pues, su residencia en Bellerive, y respetando
todo el arte prodigioso de la antigua posesión
donde vió la luz primera, fué, á su modo, transformando
su morada en abadía, que admiró á las gentes cuando
Isabel abrió las puertas de la mística mansión.
Los artistas de más fama decoraron los salones
con sus bellas obras, dignas de un alcázar imperial,
y surgieron en el parque los altivos pabellones
donde duermen los viajeros que, al cruzar estas regiones,
buscan techo algunas veces en el ámbito abacial.
Los secuaces de Calvino, cuando vieron la abadía

suntuosa, aseguraron que Isabel marchaba en pos
del vicioso paganismo, porque en el convento había
obras griegas que un cristiano verdadero no podía
contemplar sin exponerse á las iras de su Dios.
Isabel, cuando lo supo, sonrió, y con dulce acento
replicó: «Dejad que digan; no aprendieron aún á ver
que en el Arte no hay barrera que se oponga al pensamiento;
no hagais caso de esas gentes de mezquino entendimiento
que ni admiran la belleza ni comprenden su poder.»
Lo demás ya es bien sabido de vosotras. La obra santa
que Isabel, desde su trono, se propuso realizar,
es un hecho indiscutible que su mérito agiganta,
que ante el pueblo ginebrino sus virtudes abrillanta
y que la convierte en dulce providencia del lugar.
Los colonos la bendicen... Cuando llega el crudo invierno,
á Isabel acuden todos y no cesan de pedir;
ella siempre los recibe con amor casi materno,
los consuela y los anima con lenguaje amable y tierno,
y alboroza con mercedes su manera de vivir.
Más que por su noble estirpe, quiere que por su bondad
la respeten el magnate, el vasallo y el pastor.
Su modestia es digna hermana de su magnanimidad.

SOR INÉS

Prestando atención á algún ruido exterior.

Alguien llega, Sor María.

SOR JUANA

Ella es.

SOR MARÍA

Cierto; callad;
y salgamos y elevemos nuestras preces al Señor.

Vánse las tres, silenciosa y lentamente, por lateral izquierda.

ESCENA II

ISABEL DE SALÉNOVE. Luego SOR ASUNCIÓN y SOR MARÍA. ISABEL entra en escena por lateral derecha, con paso magestuoso y absorta en la lectura de «Christianismi Restitutio», obra genial de Miguel Servet. Siéntase después en el sillón de lateral izquierda, deja caer el libro sobre su regazo y quédase pensativa y como comentando lo que acaba de leer.

ISABEL

Una mente divina parece que ha creado
estos bellos renglones que Servet ha trazado.
Son cual tiernas estrofas de pulidas canciones
que en el alma nos dejan un caudal de emociones...
Son un rico tesoro que á los pueblos futuros
colmará de ideales más humanos y puros.
¡Oh, Servet, sois un genio! Permitid que mi labio
tembloroso os bautice con el nombre de sabio.
Vuestro esfuerzo gigante premió el Dios providente
con un soplo divino que oreó vuestra frente.
Sois un hombre grandioso; vuestro santo destino
es marcar á los pueblos el ansiado camino
que conduce á la cima del supremo consuelo
donde sólo se llega con la vista en el cielo.
¡Oh, Servet, vuestra obra de vibrantes razones
será pasmo y alivio de las generaciones!

SOR ASUNCIÓN

Entrando por lateral derecha

Perdonad...

ISABEL

Sor Asunción,
¿qué queréis?

SOR ASUNCIÓN

Abajo están
dos nobles, cuya intención
es hablaros.

ISABEL

¿Quiénes son?
?Qué buscan? ¿Adónde van?

SOR ASUNCIÓN

Parecen por su presencia
personas de gran valía,
y hasta estoy en la creencia
de que á vuestra reverencia
visitaron algún día.

ISABEL

¿Sus nombres?

SOR ASUNCIÓN

Uno me dijo
que á Berthelier anunciara.

ISABEL

¿De Amié Perrin es, de fijo,
el otro?...

SOR ASUNCIÓN

De ello colijo
que los conocéis...

ISABEL

Va para
diez años que, por ventura,
cultivo con gran contento
su amistad honrada y pura.

Pausa.

Bajad, y á esta santa altura
conducidles al momento.

Sor Asunción se aleja por lateral derecha para cumplir las órdenes.

Sor María entra lentamente por lateral izquierda.

ISABEL

Oid, Sor María; tened prevenidos
á cuantos esperen audiencia, que es día
de gala, y Dios quiere que en esta abadía
mis manos socorran á los desvalidos.

SOR MARÍA

¡Que Dios os bendiga y os dé paz cristiana!

Vase por lateral izquierda, al mismo tiempo que Sor Asunción vuelve por lateral derecha.

SOR ASUNCIÓN

Aquí están, Señora.

Hace una inclinación, como invitando á pasar á los que llegan, y se queda parada al lado de la puerta.

ISABEL

Dejando el libro sobre la mesa.

Que pasen, hermana.

ESCENA III

ISABEL, SOR ASUNCIÓN, DE AMIÉ PERRIN Y BERTHELIER.

Isabel abandona su asiento y se adelanta cariñosamente á recibir á los recién llegados, que en este momento aparecen en el dintel.—Estos se descubren con respeto y entran haciendo sonar sus espuelas de oro.—Sor Asunción vuelve á inclinarse y sale por donde ha venido.

PERRIN

Dios os guarde, señora, y con su mano
derrame sobre vos pródigamente
el bien que merecéis.

BERTHELIER

Que el Soberano
de los cielos corone vuestra frente.

ISABEL

Que El guíe vuestra marcha, caballeros,
y á su amor os mantenga siempre fieles,
tejiendo á vuestro paso, en los senderos
de la vida, guirnaldas de laureles.

PERRIN

Gracias mil, gran señora.

ISABEL

Mas... sentaos
y decidme, si os place, á qué azar debo
el honor de admitiros...

PERRIN

Inclinándose respetuosamente y como confundidos ante la amabilidad de Isabel.

BERTHELIER

¡Oh!

ISABEL

Dignaos
prescindir de cumplidos que no apruebo
en vosotros.

BERTHELIER

Señora...

Vuelven á hacer una inclinación y se sientan.

PERRIN

Pues salimos
ha poco de Ginebra. Esta mañana
una esquela amistosa recibimos
del fiel barón de Anglás, que en forma llana
y con toda reserva, nos advierte
que Servet, nuestro amigo, se ha fugado
de la cárcel de Vienne, en donde á muerte
se hallaba, por desdicha, condenado.

BERTHELIER

En la cárcel estuvo hasta que un día
halló la libertad en el talento
de monseñor Paumier, cuya hidalguía
libertó á nuestro sabio del tormento
infame del verdugo.

PERRIN

El barón cuenta
que á Servet tuvo oculto en su castillo.

BERTHELIER

Noble acción, que los méritos aumenta
de quien, como el barón, es fiel caudillo
de nuestra santa causa.

ISABEL

Sí, por cierto.

PERRIN

Mas, Servet, temeroso de que un día
pudiera ser, al cabo, descubierto,
salió con dirección á esta abadía.
Esto dice el barón, quien recomienda
que á Servet visitemos prontamente,
procurando que en todo se le atienda
con mano cautelosa y diligente.

ISABEL

Yo también le esperaba, y no comprendo
su tardanza en llegar...

BERTHELIER

¿Sabíais acaso?...

ISABEL

Todo cuanto habéis dicho, el reverendo
Paumier me lo explicó paso por paso

y detalladamente en una esquela,
y añade que Servet guardó trescientos
escudos soles de oro en su escarcela
para dar grato fin á sus intentos.
Mas, Servet, caballeros, ha salido
en Abril y ya Julio va mediado,
—tres meses, por lo tanto, han transcurrido—
y Servet á esta casa no ha llegado.
Parece que se dió la orden expresa
por Orry, Inquisidor del Delfinado,
de prender á Servet.

BERTHELIER

Noticia es esa
que á nosotros nos tiene en gran cuidado,
pues sabemos que existe el plan mezquino
de prenderle y matarle.

ISABEL

¡Triste suerte
la del sabio!

BERTHELIER

Ese infame de Calvino
juró hace largo tiempo darle muerte.

PERRIN

Lafontaine, secretario habilidoso
de Calvino, fingiéndose ferviente
católico, escribió un voluminoso
informe, dirigido expresamente
á Orry, el Inquisidor. En ese escrito
llama hereje á Servet, que ha publicado
un libro anticatólico y maldito.

BERTHELIER

«Christianismi»...

ISABEL

Sorprendida.

¡Qué vil y qué malvado!
¡El libro más hermoso y más sublime
que se ha escrito basado en ese tema!
¿Es justo y es leal que á quien redime
á los hombres, se lance el anatema?

Señalando el libro que ha dejado sobre la mesa.

Mirad: Ahí lo tenéis. Desde que he visto
su texto, que es emporio de virtudes,
paréceme Servet un nuevo Cristo
llamado á iluminar las multitudes

Exaltándose.

Él es el ave fénix que despierta
á los hombres dormidos, con su canto,
marcándoles la ruta franca y cierta
señalada en el mundo por el Santo
Espíritu...

BERTHELIER

Es, Servet, conciso y breve,
su prosa es prototipo de elegancia,
y explica de tal modo, que conmueve.

PERRIN

Ve á Dios en el amor y en la abundancia.

BERTHELIER

¡Amor, divina ley!

ISABEL

¡Sabiduría
y Amor! ¡Vida y Amor! Son los cimientos
de la ley que Moisés recibió un día
extractada en diez Santos Mandamientos...
¡Cuán distinto es el Dios que veneramos
del que forja Calvino en su delirio!

En el Dios que él venera sólo hallamos
el odio, las tinieblas y el martirio.
Dios es luz, es amor, es hermosura,
es plétora de vida...

PERRIN

En su ceguera
Calvino llama hereje al que censura
el suplicio infamante de la hoguera.

ISABEL

Exaltándose gradualmente.

Es decir, que su Dios es un malvado
que ayuna, hiere y mata, de tal suerte
que más que un Dios parece un denodado
caudillo de los reinos de la Muerte.
Quien puso en el espacio innumerables
y portentosos astros, y les hizo
moverse bajo leyes inmutables
cual bajo la influencia de un hechizo;
Quien la tierra cubrió de flores bellas,
de mares procelosos y de ríos
donde tienen las pálidas estrellas
espejo en que admirar sus atavíos;
Quien el mundo pobló con la infinita
legión de aves y peces, cuyos nombres

y especies son problema que suscita
polémicas y estudio entre los hombres;
Quien, en fin, formó al hombre, y á su lado
animó á la mujer con fin divino
no puede ser el Dios fiero y malvado
que se alberga en la mente de Calvino.

Pausa

PERRIN

Calvino, que está enfermo y achacoso,
no concibe el amor.

BERTHELIER

Fuera demencia
pedir ideales bellos á un bilioso
que tiene carcomida la conciencia.

ISABEL

El ínclito Servet, en el proceso
de su libro inmortal, echa por tierra
las leyes de Calvino, quien por eso
le tiene declarada innoble guerra.

PERRIN

Pues bien; teniendo en cuenta que pensamos
los tres del mismo modo, calculemos

el plan mediante el cual vencer podamos
á Calvino, y el medio meditemos
de llegar, no tan sólo á una reforma
ó elevada expansión del Cristianismo,
sino á borrar errores, de tal forma,
que muera para siempre el calvinismo.
Servet, por su talento, es el llamado
—si el plan que concibamos no se quiebra—
á ser el sustituto deseado
de Calvino, librando así á Ginebra
del tirano que hoy sufre. Las sagradas
ideas de Servet son ya fecundo
reguero de semillas veneradas
que prodigan los sabios por el mundo.
En Italia, los padres franciscanos
las predican. Colombo de Cremona
las estudia con fe. Los venecianos
las aplauden; y en Padua se pregona
el triunfo de Servet. Y aún alguien cuenta
—no sé si de verdad habrá algo en esto—
que el Papa las estudia y las comenta
con agrado profundo y manifiesto.

ISABEL

¿Y contáis en Ginebra, amigos míos,
con gente que secunde nuestros planes?

BERTHELIER

Contamos con los nobles de más bríos
y con bravos é ilustres capitanes.

PERRIN

Aún hay más; no tan sólo los honrados
ciudadanos engruesan nuestras listas,
sino que nos veremos secundados
por los sabios, el clero y los artistas.

BERTHELIER

Concluya ese fanático malvado
que, con miras malévolas y ruines,
una banda feroz ha organizado
para el logro funesto de sus fines.

PERRIN

Son hombres sin conciencia, aventureros,
chusma infiel sin hogar y sin decoro,
muy duchos en buscar los derroteros
donde á costa del crimen hallan oro.
Y con esa mesnada de asesinos
sin honra y sin piedad, Calvino impera

y arrastra á los pacientes ginebrinos
al suplicio terrible de la hoguera.

BERTHELIER

Hace días que á dos enamorados
mandó colgar de un pino, el miserable,
por besarse en la boca...

ISABEL

¡Desdichados

PERRIN

Calvino, en su furor, es insaciable.

BERTHELIER

No hace mucho, un doncel que dió á su amada
unos versos de amor, recibió tantos
azotes como versos...

ISABEL

¿No hay espada
que vengue tales duelos y quebrantos?

PERRIN

¡La habrá pronto, señora! ¡Llega el día
feliz de los desquites!... ¡Lograremos
derrocar esta odiosa tiranía
que todos, por desgracia, padecemos!
¡Aun no es tarde, señora, y felizmente
no llegaron á ahogarnos las cadenas!
¡Aun brilla la altivez en nuestra frente
y se agita la sangre en nuestras venas!...

ISABEL

Levantándose, en lo cual le imitan sus interlocutores.

Pues bien, nobles amigos, por mi parte
ya sabéis que me encuentro decidida
á apoyar á Servet, cuyo estandarte
llevaré con el alma y con la vida.
No ignoráis que el Gran Duque de Saboya
es valiente caudillo que nos lleva
á un éxito seguro, y nos apoya
en el plan de una vida libre y nueva.
Buscad con noble celo noche y día
á Servet y traedle á mi presencia.
Si él llega mientras tanto, en la abadía
le tendré lo que dure vuestra ausencia.
Después, una vez juntos, ya hablaremos
del plan para vencer al enemigo,

y con calma y sigilo estudiaremos
el modo de encumbrar á nuestro amigo.

BERTHELIER

Bien pensado, señora.

PERRIN

Por fortuna,
nueva aurora á Ginebra le sonríe
dorando los encajes de su cuna.

BERTHELIER

Quedad con Dios, señora.

ISABEL

Que Él os guíe.

Besan respetuosamente la mano de la abadesa y vánse por lateral derecha, desde donde hacen una reverencia y desaparecen. Isabel quédase como viéndolos alejarse, y al fin hace mutis por lateral izquierda.

ESCENA IV

Entran SOR JUANA y SOR INÉS, por lateral derecha, seguidas de LAURA. A poco llegan por el mismo lado SOR MARÍA y SOR ASUNCIÓN y otras dos hermanas seguidas de COLONOS, PASTORES y PEREGRINOS, los cuales van formándose en semicírculo frente al trono y de espaldas á la biblioteca.

SOR MARÍA

Poco tendréis que esperar.

UN COLONO

¡Alabado sea el Señor,
que nos permitió llegar
á este sagrado lugar
lleno de bondad y amor!...

UN PASTOR

¡Dios bendiga una y mil veces
á nuestra madre abadesa
que es un ángel, y con creces
premie sus esplendideces
y el amor que nos profesa!

SOR ASUNCIÓN

¡Ella viene!

OTRO PASTOR

Por ventura
llega el consuelo.

SOR ASUNCIÓN

¡Apartad!

Abren paso á Isabel, que llega por lateral izquierda.

UN PEREGRINO

¡Es un ángel de hermosura!

OTRO PEREGRINO

¡En su frente blanca y pura
luce el sol de la bondad!

Todos se inclinan respetuosamente y lanzan un ¡oh! de asombro.

ESCENA V

DICHOS É ISABEL.

Isabel viste un rico manto carmesí; en su pecho fulgura con destellos verdosos una cruz de esmeraldas; sirve de corona á su cabeza una pequeña mitra abacial ornada de perlas y rubíes, y sus manos se esconden en largos guantes de seda. Entra apoyándose en un artístico báculo, se dirige al trono, y antes de sentarse, dice:

Colonos que mis tierras cuidáis paternalmente;
pastores que del monte bajáis á la llanura;
cansados peregrinos que el viejo continente
cruzáis cumpliendo un voto sagrado y reverente,
decidme si yo puedo curar vuestra amargura.

CONRADO

Dulce y gran señora, sois en estos lares
el ángel custodio que proteje y guía
nuestro incierto paso, y á nuestros hogares
lleváis miel de amores y pan de alegría.
No extrañéis, señora, que con tal frecuencia
llegue hasta aquí el eco de desdicha tanta;
pero la culpable fué la Providencia
por haberos hecho bondadosa y santa.
Nuestros torpes labios no sabrán deciros
bellos madrigales y gratas canciones;

mas en su torpeza saben bendeciros
y elevar al cielo tiernas oraciones.
Señora: las mieses agonizan, mustias;
los campos se abrasan bajo el sol impío;
y para que sean más nuestras angustias,
no hay agua bastante para el regadío.
Muerta la cosecha, tan sólo esperamos
que vuestras bondades curen nuestro duelo;
por eso venimos, por eso imploramos
vuestro santo auxilio como don del cielo.
Cuando los embates de la adversa suerte
nos hieren y esquilman, vos sois bienhechora
madre que nos libra del hambre y la muerte.
¡Líbrenos, por tanto, vuestro amor, señora!

ISABEL

Trigo hay en mis trojes para sustentaros,
y en mis arcas oro, gracias al Dios nuestro;
leña hay en mis bosques para calentaros,
y en mis prados reses para alimentaros.
Marchad, pues, tranquilos, que lo mío es vuestro.

CONRADO

Emocionadísimo, cayendo á los pies de Isabel y besándole el manto.

¡Gracias, gran señora! Permitid que os llame
santa de esta tierra y que el labio mío

bese vuestro manto y hoy aquí os proclame
reina de los pobres de este caserío.

UN PASTOR

Adelantándose, cuando Conrado se retira.

Poco vale nuestra miserable vida;
mas os la ofrecemos si con ella cuanta
ventura soñareis vierais conseguida.

ISABEL

Emocionada.

¡Gracias, noble gente!

COLONOS Y PASTORES

Vánse lentamente por lateral derecha, sin dejar de mirar á Isabel é inclinándose respetuosamente.

¡Santa!, ¡Santa! ¡Santa!...

UN PEREGRINO

Adelantándose cuando hayan desaparecido los colonos y pastores.

De tierra lejana
venimos cruzando ciudades y aldeas,
cumpliendo cristiana

promesa que expira en tierras caldeas.
El sol, inclemente,
vertiendo en nosotros la luz de sus rayos,
quemó nuestra frente,
trocando energías por tristes desmayos.
De noche tenemos
por lecho los campos que besa la luna;
de día comemos
lo que en nuestra senda pone la Fortuna.
Rendidos y hambrientos
cruzamos los valles, los montes, los ríos,
y al perder alientos,
la fe y la esperanza nos dan nuevos bríos.
Aquí esta mañana
llegamos en busca de hogar y alimento,
y vos, con cristiana
bondad, nos brindasteis la paz del convento
De nuestra memoria
no podrán los años borrar este día,
que es en nuestra historia
un bello pasaje de santa alegría.
¡Adiós, noble dama,
que el cielo os proteja con mano clemente!

PEREGRINO 2.º

¡La voz de la Fama
vuestra historia diga de Oriente á Occidente!

Besan la mano de Isabel y se alejan por la derecha, guiados por Sor Juana y Sor Inés.

SOR ASUNCIÓN

Presentando á Laura.

Esta mujer gallarda y joven
con aflicción os pide audiencia,
y quiere en vos hallar consuelo
para la plaga de sus penas.

ISABEL

Hablad, hermana dolorida,
que á consolar estoy dispuesta
las amarguras del que sufre
el fiero mal de la tristeza.

LAURA

Arrodillándose ante Isabel y sollozando.

¡Señora: el cielo que nos cubre,
con sus bondades os proteja!

ISABEL

Haciendo levantar á Laura.

No sollocéis, que el llanto amargo
marchitará vuestra belleza.
Decid la cuita que os agobia,
y si pecasteis y es sincera
la contrición, cobrad la calma,
pues Dios perdona á los que pecan

si se arrepienten de sus culpas
para seguir su santa senda.
Y si perdisteis vuestra dicha
y aquí llegáis para obtenerla,
pensad en Dios, y la ventura
secará el llanto que os aqueja.
¿Cómo os llamáis?

LAURA

Me llamo Laura;
pero me llaman en mi aldea
«la luz del día», pues despierto
cuando la luz del sol se eleva,
y voy en busca del reposo
cuando la luz del sol se aleja
poniendo el nimbo de sus rayos
sobre la nieve de la sierra.
Eran mis únicos amores
mi padre anciano y una huerta
cuyos frutales daban sombra
sobre la alfombra de la hierba.
Y era feliz con mis amores
cuando otro amor llamó á mi puerta.
Su voz vibrante y melodiosa
llenó de encantos la pradera
y se esparció como una lluvia
copiosa y mágica de perlas.
Perdí el reposo; aquella trova,
como una daga milanesa,

clavó en mi pecho su armonía
galana y dulce, altiva y tierna.
Abrí el postigo, y un mancebo
estaba en pie junto á la verja;
eran sus ojos deslumbrantes
como la luz de las estrellas
y en un ensueño se entornaban
para vivir la vida interna;
era su voz igual que el eco
de las canciones hechiceras
que en mi niñez me embelesaron
en las quietudes de la siesta.
Llegó hasta mí pausadamente,
y colocándose tan cerca
que me abrasaba con su aliento,
me dijo así:
«Gentil doncella;
»yo sé que vos no habéis sentido
»la mordedura de las flechas
»de la pasión que da la vida
»con los ardores de su hoguera;
»y la doncella sin amores
»es flor marchita, y fuente seca,
»y sol sin luz, y campo estéril,
»y linfa turbia, y primavera
»sin nuevo brote en los rosales
»y sin verdor en la arboleda...
»Amad, que Amor, con ser tirano,
»se ablandará si sois su sierva.»
Dijo, y perdióse su figura

bajo el negror de las tinieblas.
Pedí que el sueño hasta mis ojos
con su misterio descendiera,
para aplacar mi intensa angustia...
Y el sueño huyó... Con impaciencia
pedí el arribo de otra noche
con su legión de sombras densas.
Llegó la noche, y la armonía
de una canción vibró en mi reja.
Besó mi mano aquel mancebo,
y deshaciéndose en promesas,
robó los besos de mi boca
y ya no ha vuelto por la aldea.
Y ved, señora, sus palabras
fueron palabras de profeta,
porque el amor, con sus desdichas
y con sus auras placenteras,
tornóme, al fin, en campo fértil
para cultivo de tristezas,
y en flor lozana de amargura,
y en fuente límpida y eterna,
pues es el llanto de mis ojos
un manantial que no se seca.
Mi padre ha muerto allá en el campo,
y á mi dolor sólo le queda
este recinto donde el alma
calladamente á Dios se eleva.
En los contornos del convento
todos os quieren y veneran,
y el que con pena á vos acude

sale con cara satisfecha.
Por eso llego á vos llorando
para lograr, señora excelsa,
que hagáis surgir un alma viva
donde se oculta un alma muerta.

ISABEL

¿Venís en busca de consejos?

LAURA

Quiero pasar la vida entera
encadenada á los martirios.

ISABEL

Ya los tenéis, gentil doncella,
porque el amor es un pecado
que lleva en sí la penitencia.

LAURA

Quiero abrazar la vida santa
que vos hacéis.

ISABEL

Tened en cuenta
que amar á un hombre es cosa fácil
y á amar á Dios no todos llegan.

LAURA

Yo le amaré como ninguna.

ISABEL

El mundo es grato, y la existencia
es venturosa cuando el alma
con ilusiones se alimenta.
Y vos sois joven...

LAURA

Pero el mundo
es un conjunto de miserias.

ISABEL

Es duro trance el cautiverio.

LAURA

El cautiverio es la risueña
felicidad para quien llora
los desengaños que envenenan.

ISABEL

El alma aquí debe traerse
con regocijo y no por fuerza,

porque es el mal irremediable
si luego el alma se rebela.

LAURA

Seré sumisa como un perro,
seré más dulce que una oveja.

ISABEL

¿Y perdonáis al que una noche
os engañó con sus promesas?

LAURA

Sinceramente le perdono.

ISABEL

Es que le amáis..:

LAURA

¡Oh, no! Estad cierta;
yo le perdono su delito
porque perdona la que es buena.

LAURA

Tan decidida estáis, cuitada,
que os autorizo y doy licencia

para vivir entre nosotras;
mas sometida á duras pruebas.

A Sor Asunción.

Sor Asunción, llevad á Laura
por el camino que desea.

LAURA

Arrodillándose de nuevo.

¡Gracias, señora; vuestro rasgo
de maternal benevolencia
hará que surja un alma viva
donde se esconde un alma muerta!

Vase por lateral derecha acompañada por Sor Asunción.

ESCENA VI

ISABEL y SOR MARÍA.—Luego SOR JUANA.

ISABEL

Quitándose, con ayuda de Sor María, la mitra, la cruz, el manto y el báculo.

Todas estas galas de nuevo llevad,
mi buena María.

SOR MARÍA

Señora, ordenad.

SOR JUANA

Entrando por lateral derecha al mismo tiempo que Sor María se va por lateral izquierda.

Un arrogante caballero
recién llegado al Eluiset
con dos corceles y escudero
me dió estas cartas.

ISABEL

Abriendo el sobre y buscando la firma.

¡Es Servet!
Haced que suba á este aposento
sin la más breve dilación,
y preparad su alojamiento
en el más rico pabellón.

Sor Juana vase por lateral derecha.

ESCENA VII

ISABEL.

ISABEL

Fervorosamente, elevando la mirada al cielo.

Gracias, Señor, porque conduces
por buen sendero al que te ve,
y al que ilumina con tus luces
la firme torre de su fe.

ESCENA VIII

ISABEL y MIGUEL SERVET.

SERVET

Desde la puerta, ceremoniosamente.

Señora, el cielo os guarde; vuestra licencia espero
para besar el nácar de vuestra augusta mano.

ISABEL

El Todopoderoso os guíe, caballero,
y ampare siempre vuestro talento soberano.

SERVET

¿Sabéis quién soy?

Besa la mano de Isabel.

ISABEL

Conozco vuestra clarividencia;
leí las maravillas que os debe el mundo entero
y sé que aprisionasteis las bridas de la ciencia
para llevar su carro por el mejor sendero.

Y sé también que marchan en pos de vuestras huellas
los pérfidos y hambrientos lebreles de Calvino,
y sé que muchos odian vuestras doctrinas bellas
y vierten los abrojos sobre vuestro camino.
Jamás os vi hasta ahora, mas siempre os tuve aprecio;
y hoy que ante mí os arrastra la brisa del acaso,
siento mi alma llena de olímpico desprecio
para los que pretenden luchar á vuestro paso.
Sentáos, caballero.

SERVET

Obedeciendo.

¡Oh, gracias! Yo bendigo
vuestra bondad, que llena de paz esta abadía,
y á vuestras plantas caigo como el mejor amigo,
puesto que ya os conozco; mas no desde este día.
Os vi una vez, señora, en Vienne, en el palacio
de Monseñor; las luces del sol por las molduras
caían, recubriendo con flores de topacio
los pliegues de las amplias y ricas vestiduras.
Llegasteis con un porte de egregia soberana;
la mitra alzaba al cielo su crucifijo santo,
y el sol, rompiendo el limpio cristal de una ventana,
bordó con oro ardiente vuestro purpúreo manto.
El humo del incienso voló, trenzando un rizo;
rozó la cruz del ara con tenues espirales,
y en la grandiosa nave del templo se deshizo,
cual se deshace el humo de nuestros ideales.

¡Señora, tal encanto prendía la luz clara
sobre la maravilla de vuestra cara hermosa,
que el humo del incienso, besando vuestra cara,
paróse en vuestros ojos de lumbre milagrosa!
Y aquella débil hebra de incienso perfumado,
tejiendo en vuestros ojos la sombra de sus velos,
me pareció la sombra movible de un nublado
flotando por la inmensa llanura de los cielos.

ISABEL

A más de ser un sabio, sois tierno y sois cumplido,
y en lides cortesanas saldréis siempre triunfante.

SERVET

Tened, señora, en cuenta que en España he nacido,
y quien nace en España es, por fuerza, galante.

ISABEL

Mirando al ventanal.

¡Dios santo!

SERVET

¿Qué os inquieta?

ISABEL

Contemplo el pintoresco
paisaje, y de congoja me llena su abandono;
el brazo de Calvino, potente y gigantesco,
se llevará á sus filas colono por colono.
Su vendaval arrasa, y aquellos pechos nobles
que fueron firmes rocas para la lid sangrienta,
se abaten como mueren las ramas de los robles
movidos por el fiero turbión de la tormenta.
Se lanzan por la ruta que les marcó el engaño;
se internan, como ciegos, por sendas ignoradas,
y marchan en tinieblas lo mismo que un rebaño
sumiso é inconsciente de ovejas descarriadas.

SERVET

El pueblo inculto ignora lo que le perjudica;
es ciego con mil ojos y siempre persevera
en el error, y luego se yergue y crucifica
á quien curar pretende el mal de su ceguera.

ISABEL

¿Por qué entregarse á largos instantes de suplicio?
¿Por qué el constante empeño de eterna penitencia?
La penitencia es para quien descendió hasta el vicio
y busca en el martirio la paz de su conciencia.

Vivir no es dar constantes gemidos de amargura;
vivir es estar cerca de locas tentaciones
y usar para vencerlas, en vez de la tortura,
un surtidor clarísimo de dulces oraciones.
Dios nos marcó la senda del mundo con su dedo
para que el mundo fuese nuestra mansión de amores,
y se ama á Dios en todo por gusto y no por miedo;
Dios es bondad divina, no emporio de temores.

SERVET

Señora, más que á nadie me hiere la pujanza
del látigo que cruza mi noble frente altiva,
y, sin embargo, brota la flor de la esperanza
aquí (por el pecho) donde se alberga mi fe gloriosa y viva.
Dios Padre en todo muestra su esencia sobrehumana,
su aliento poderoso, su mano creadora,
y ayer, y hoy, y luego, lo mismo que mañana,
por todos los espíritus pasando va, señora.
Yo veo á Jesucristo, cuando la primavera
arriba con sus galas frondosas y floridas,
y en las purpúreas flores que el suave viento altera
contemplo el sacrosanto coral de sus heridas.
El Espíritu Santo vierte sobre los sabios
la gracia que los trueca en hombres inmortales,
y hace, bajo sus alas, nacer entre los labios
del trovador un bello raudal de madrigales.
¿Por qué amar al Altísimo con llanto en nuestros ojos?
¿Por qué azotarse al darle devota pleitesía?

¿Por qué olvidar las flores y hundirse en los abrojos,
si es Dios panal de amores, y amor es alegría?
Dios vive en todo aquello que puso en este mundo
para soberbio ornato de la Naturaleza,
y vive en lo elevado y vive en lo profundo,
y en el supremo encanto de vuestra gentileza.
Dios Padre, derramando la gama de colores,
os dió todas las gracias de artístico portento;
Jesús en vuestra boca sembró fragantes flores,
y la Paloma Santa forjó vuestro talento.

ISABEL

De confusión me llena vuestra galantería;
Vos sí que sois ejemplo de la magnificencia
de Dios, porque Dios mismo, con su sabiduría
parece que está en vuestros caudales de elocuencia.
¿Dónde pensáis ahora llevar vuestras doctrinas?

SERVET

No sé... Camino errante como un juglar perdido
y paso en gratos bosques mis horas peregrinas
al lado del recuerdo de todo lo que ha sido.
Me interno por ocultas veredas intrincadas;
detengo mi carrera donde hay buenos amigos
y al caminar procuro huir de las miradas
sombrías é insolentes de nuestros enemigos.
Hoy llego á vos buscando vuestra eficaz ayuda,

mientras Calvino el triunfo de su maldad celebra,
pues quiero, silencioso como una estatua muda
y raudo como un ave, pasar sobre Ginebra.
Quiero llegar á Italia, buscar á mis hermanos,
parando en Porticella mi vuelo con sigilo,
y allí, donde me adoran los Padres Franciscanos,
buscar la dulce calma de un retirado asilo.

ISABEL

Corred sobre Ginebra con paso acelerado,
pasad igual que el viento veloz.

SERVET

Ya sé el motivo
de esa inquietud; el propio Calvino me ha jurado
quemar en una hoguera mi humilde cuerpo vivo.

ISABEL

¿Por qué á ese extremo llegan sus ponzoñosas iras?
¿Por qué ambiciona el plazo fatal de vuestra muerte?

SERVET

Porque me opongo al necio raudal de sus mentiras
con la razón desnuda, que es el broquel más fuerte.

También mi fin ansía al ver que, generosa,
premiais con vuestro elogio cuanto mi pluma ha escrito,
y en el jardín del mundo vos sois la bella rosa
en que él clavó los ojos con amor infinito.

ISABEL

Verdad; en un alarde de insania y de perfidia,
soñó con mi alianza. ¡Qué estúpidos anhelos!
Sus odios son las llamas del fuego de su envidia;
guardaos, fiel amigo, del dardo de sus celos.

ESCENA IX

DICHOS y dos HERMANAS.

HERMANA 1.ª

Dios os guarde.

HERMANA 2.ª

El cielo os guíe.

SERVET

Él os dé la gloria, hermanas.

ISABEL

Tended el mantel más blanco
sobre esta mesa tallada
y servidnos los manjares
más exquisitos que haya.
Sacad buen vino, que el vino,
con sus ardores, repara
las fuerzas, y fuerzas pide
el huesped que á nuestra casa

arribó tras la penosa
penitencia de su marcha.
Encended los candelabros,
que el sol se aleja, y apaga
sus destellos en las cumbres
altivas de las montañas.

Vánse las hermanas, y durante esta escena irán apartando á un lado de la mesa los libros, candelabros, etc., y colocando manjares y botellas de vino añejo.

SERVET

Señora, con los manjares
y con las bebidas gratas
toma nuevas energías
el cuerpo que las demanda,
y á mi cuerpo con la fuerza
de mi espíritu le basta,
y la fe es, señora mía,
el mejor manjar del alma.

ISABEL

Hoy estáis en mis dominios
y en mis dominios no manda
nadie más que yo, por tanto,
obedeced mis palabras.

En estos momentos se retiran las hermanas por lateral izquierda, ya servida la mesa.

SERVET

Por un extraño portento
sois bondadosa y tirana.

ISABEL

Comeré con vos, pues gozo
esa licencia del Papa
cuando un personaje ilustre
llega á nuestra mansión santa.
Sois mi huésped, y en vos mando;
venid á la mesa.

SERVET

Obedeciendo.

Gracias.

ESCENA X

ISABEL y SERVET

ISABEL

Bebed de esta botella de buen vino
que en su cristal encierra
un torrente de luz, tan peregrino
como un rayo del sol de vuestra tierra.
Sus ardores aumentan el cariño;
hacen del hombre triste un hombre ufano,
y cambian en espíritu de niño
el alma de un anciano.
Bebed, que el vino es sangre en nuestras venas
y bálsamo que cura
los males despiadados de las penas
con su suave dulzura.
Mirad cómo fulgura,

Mostrando una copa llena.

y preso en este vidrio transparente
es el sol reflejando su hermosura
en el límpido espejo de una fuente;
es la luz deshaciéndose en la cumbre
de una ingente montaña...

SERVET

Y, como vos dijisteis, es la lumbre
del áureo sol de España;
mas no tengo, señora, la costumbre
de beber.

ISABEL

Insensato desatino
comete quien desprecia
este néctar divino
servido en una copa de Venecia;
este néctar que nace entre las redes
de los pámpanos tiernos y verdosos
y después nos ofrenda las mercedes
de sus besos dorados y sabrosos.
Es el llanto que dan las uvas rotas
que fueron antes perlas
y cuyas dulces gotas
se convierten en mieles al beberlas.
Este vino es el oro
más hermoso que he visto,
y en el cáliz bendito es un tesoro;
es la sangre de Cristo.
No desdeñéis mi ruego;
bebed á mi salud; sed obediente,

Durante este tiempo, sentados á la mesa, probarán varios manjares frugalmente.

y veréis como el vino refulgente
da á vuestra fe más fuego.

SERVET

Puesto que suplicáis tan cariñosa,
al eco de la súplica me rindo
y bebo, al fin, y brindo
por el bien de la dama más hermosa.
Que encienda el vino el pecho
con sus ondas de vida y de esperanzas,
y que el bien sobre vos caiga deshecho
en lluvia torrencial de bienandanzas.

Bebe.

Es grato por su aroma y por su brillo.

ISABEL

Es alegre y añejo,
y mezcla con la gracia de un chiquillo
la experiencia de un viejo.

Pausa.

Y pues sois complaciente,
no le restéis fulgor á vuestra fama,
y escuchad una súplica ferviente
nacida de los labios de una dama.

SERVET

No supliquéis, mandad; para mí es grato
que seáis mi tirana;
para la voz del rey nació el mandato:
mandad puesto que sois mi soberana.
Decid, que con viriles energías,
destronaré al titán de la tristeza
y sabré coronar vuestra belleza
con tiernas alegrías.
Ordenad, aunque el ruego fuese injusto;
pedid el sacrificio de mi vida
y os la daré con gusto
por veros satisfecha y complacida.

ISABEL

Pues sí, de vuestra vida inestimable
he de hablar, caballero,
y de vos, ser magnánimo y afable,
lograr tan sólo quiero
que no salgáis de aquí. Precisamente
en esta santa casa es necesario
un hombre como vos, que, sabiamente,
mitigue la amargura del calvario
á que está condenado el cuerpo enfermo
que bajo los dolores se quebranta;
si no salís de aquí seréis la planta
nacida sobre el yermo.

Hay en estos recintos
mil libros admirables y distintos
cuya sana lectura
hace salir la mente de la oscura
región de los humanos laberintos.
Tendréis buen refectorio
con exceso de vinos y manjares,
y para vuestra fe tendréis altares
en un rico oratorio.
Será lujosa y bella vuestra estancia,
será un cielo en los ámbitos terrestres
y tendrá por perfume la fragancia
de las flores campestres.

SERVET

Con grande sentimiento
rechazo vuestro amable ofrecimiento.
Sois joven y gentil: tenéis encantos,
dominios y fortuna,
y el mundo amargo es una
mansión donde no todos somos santos.
Vos gallarda y hermosa,
la humanidad perversa é insensata...
No, no pongáis la rosa
tan cerca del aliento que la mata.

ISABEL

¿Qué vale mi existencia, comparada
con la vuestra gloriosa?

Lo que vale una tierna mariposa
que se convierte en nada.
Es preciso que corra vuestra nave
guiada por el céfiro más suave.

SERVET

No prolonguéis los ruegos, os lo pido:
vuestra bondad es mucha
y temo ser vencido,
pues vence la mujer en toda lucha.
Dejadme en libertad; dejad que lance
mi cuerpo á la corriente,
y si el fiero enemigo me da alcance,
que se cebe en mi cuerpo solamente.
Permitid que reanude, bajo el cielo,
mi existencia feliz de peregrino,
y dejad que se agite mi pañuelo
en un signo de adiós desde el camino.
Dejad que os abandone cuando quiera,
envuelto en vuestro aroma,
y moved vuestra mano en la vidriera
lo mismo que una cándida paloma;
y cuando en lontananza esté perdido,
no me déis al olvido,
fragante flor de mayo,
y evocad mi recuerdo como un rayo
fugaz que aquí ha lucido.
Y si á hallarnos volvemos

en el mundo infeliz más adelante,
los dos recordaremos
la suprema ventura de este instante.

ISABEL

Meditad más despacio, (Con pasión.)
que con ingratitud nunca se paga
la estancia en mi palacio,
y no hagáis que mi dicha se deshaga
lo mismo que una nube en el espacio.

SERVET

Levantándose.

Forzoso es que rechace
vuestro ruego, cual roca inconmovible:
pedís un imposible
y sólo Dios los hace.

Tendiendo la mano.

Y por que no insistáis, de vos me alejo
y pierdo la dulzura de esta calma;
mas, al partir, os dejo
la gratitud más honda de mi alma.

ISABEL

Con exaltación.

Jamás permitiré vuestra partida;
mi voluntad es fuerte:
yo quiero vuestra vida
y vos buscáis los brazos de la muerte.
Tal vez no comprendáis este capricho
que puede hacer mi daño,
ni hayáis adivinado en cuanto he dicho
un interés extraño.
Un interés más grande que el que siente
la pobre madre vieja
por retener al hijo que se aleja
con valor singular y extraordinario
y que marcha imprudente
á impulsos de un anhelo temerario.
Un interés potente que ha nacido
en mi pecho y que inflama
mi vida con la llama
de un fuego que jamás he conocido,
Un interés que avanza como hoguera
donde es ligero viento
la brisa deliciosa y placentera
de vuestro entendimiento.
Yo amaba la labor de vuestra pluma;
mas un viejo os creía,
y hoy que miro que sois sublime suma
de genio y gallardía,

me invade la alegría
y no quiero pensar en vuestra ausencia
por no tener dolores en el día
mejor de mi existencia.
Ya no saldréis de aquí, pues yo os reclamo,
y aunque vos me juzguéis como una loca,
oidlo de mi boca:
¡MIGUEL SERVET, OS AMO!
Estáis en mis prisiones;
no luchéis porque nunca se redimen
los que ofenden al cielo con el crimen
de robar corazones,
y pues mi corazón, casi marchito,
habéis arrebatado, caballero,
purgad vuestro delito:
¡desde este instante sois mi prisionero!

Miguel Servet va á hincar la rodilla, pero Isabel le contiene, mientras llegan á la escena los acordes lejanos del órgano de la abadía.

TELÓN

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO II

Decoración.—Habitación principal de la Hostería de la Rosa.—Al fondo una galería de cristales al través de la cual se ve la cocina donde se mueven los cocineros y ayudantes; sobre las mesas y anaqueles, grandes fruteros, peroles relucientes y altas pilas de platos.

Delante de la galería, hacia su término medio, un amplio mostrador y una estantería de cristal muestran largas filas de botellas, y del techo pende un verdadero enjambre de embutidos y jamones.

Todos los detalles acusan la riqueza y la fama de la Hostería de la Rosa, cuyo título se lee en el mostrador.—Lindando con éste, á la derecha, una puerta abierta en la galería da acceso á la cocina.

Lateral izquierda, primer término, puerta de entrada á la hostería, y á su lado una escalera de caracol que conduce á los pisos superiores.—Debajo de la escalera, dos enormes toneles.

Varias mesas artísticamente construídas y rodeadas de butacas de cuero componen el resto del ajuar.

En una mesa beben, al levantarse el telón, D. Luis de Córdoba y Chapeo rojo, y en otra los bebedores 1.º y 2.º, atendidos por Fritz.

ESCENA I

LUIS DE CÓRDOBA, CHAPEO ROJO, FRITZ, BEBEDOR 1.º y BEBEDOR 2.º En las cocinas se agitan con verdadera actividad varios marmitones, que de vez en cuando reciben órdenes del orondo Fritz.

CHAPEO ROJO

Tendréis que ensanchar la ropa
si así continuais, hermano,
pues no existe cuerpo humano
que soporte tanta copa.
Dijisteis antes que ya
no beberíais más vino;
pero por ese camino
vuestra sed no acabará.
Vuestro estómago es un lago
sin fondo, porque bebéis
y, al sentir calor, queréis
refrescar con otro trago.

CÓRDOBA

¿Habéis visto vos alguna
cosa mejor que el licor?

CHAPEO ROJO

Para mí es mucho mejor
que una copa, una fortuna.

CÓRDOBA

¡Claro! A mí también me agrada
la fortuna, majadero,
porque sin tener dinero
no podría beber nada.
No tiene el vino rival,
y, al llegar á la cabeza,
cambia en placer la tristeza
y en jardín el erial.
Esto es lo grato y lo cierto;
bebedlo, que á mi entender,
no pretenderéis beber
el vino, después de muerto.
Vos me amonestáis en vano,
sin comprender que sería
necio dejar la alegría
que está cerca de la mano.
Y no bebéis como bebo
porque os ciega la codicia
y os priváis de la delicia
del vino antiguo y del nuevo.

CHAPEO ROJO

Nuevo por fuerza ha de ser
el contenido del vaso,
pues bebiéndolo á ese paso
nunca podrá envejecer.
Vos pensáis que no os derrota
ese néctar, al luchar,
porque siempre hacéis lugar
para acoger otra gota;
mas en estas rudas lides
veréis las glorias perdidas
porque, al morir, nuestras vidas
sirven de lecho á las vides.

Pausa.

Pagad, que la cuenta aumenta
un caudal por cada instante,
y si os váis más adelante
no podréis pagar la cuenta.
Y la marcha apresurad
porque si más tarde os saco,
pensarán que voy con Baco
recorriendo la ciudad.

CÓRDOBA

Seguiré vuestro consejo,
aunque de razón escaso;

mas apuraré otro vaso
de exquisito vino añejo.

CHAPEO ROJO

Apurad de nuevo, sí;
pero para terminar
porque con tanto apurar
me estáis apurando á mí.

CÓRDOBA

Vamos....

A Fritz.

Tomad, hostelero,

Arrojando varias monedas sobre la mesa.

vuestras ganancias, y el día
que yo muera, la hostería
podéis cerrar.

FRITZ

Con humilde servilismo.

Caballero,
Dios premie vuestra hidalguía.

Córdoba y Chapeo rojo abandonan el hostal.

ESCENA II

FRITZ y BEBEDORES 1.º y 2.º

BEBEDOR 1.º

Bien bebe el hidalgo.

FRITZ

Bebe
como nadie, y no es lisonja;
el vino con sus dulzuras
le embelesa y le enamora,
y es tanto lo que consume
y es tanto lo que me abona
por el consumo, que opino
con fundamento de sobra
que el oro líquido y puro,
después de mojar su boca,
por arte de encantamiento
se hace moneda en su bolsa.

BEBEDOR 2.º

¿Es de esta tierra?

FRITZ

Aseguran
ciertas pícaras historias
que es español, aguerrido
en luchas, y que en las costas
africanas, con Don Carlos,
logró envidiables victorias.
Dicen que es de noble estirpe
y que su sangre española
es azul, y que en sus sienes
sentaría una corona
como va el anillo al dedo
y el candor á la paloma.
Dicen que está enamorado
de una linda labradora
y que, después de una ausencia,
cuando quiso hacer sus bodas,
no pudo hallar á su amada
ni amante ni desdeñosa
por más que buscó á su bella
en alcázares y en chozas.
Desde entonces vive solo
y la sed de amor le ahoga,
y apaga su sed con vino
y paga con mano pródiga.
Esto es lo que cuentan.

BEBEDOR 1.º

¿Cómo se llama?

FRITZ

Don Luis de Córdoba.

ESCENA III

DICHOS y MARGARITA, que llega de la calle y que es una gallardísima mozuela, llena de hermosura y juventud.

MARGARITA

Señor Fritz.

FRITZ

¿Qué?

MARGARITA

Despachadme.
Vengo en busca de dos cosas:
una empanada de lomo
tierno y fresco, y una copa
de buen vino.

FRITZ

Bien servida
saldréis de aquí, buena moza.

BEBEDOR 1.º

Y bien haréis, pues merece
que le despachéis la gloria
quien tiene un nido galano
de caricias en la boca.

Se acerca á la gentil.

MARGARITA

Rechazándole suavemente.

Reportaos, caballero,
por favor.

BEBEDOR 1.º

¿Quién se reporta
estando ante vos, si sois
más pulida que una rosa?
¿Sois huérfana? ¿Tenéis padre?
¿Vivís con ellos? ¿Sois sola?
¿Tenéis cariño á algún hombre,
ó de cuantos os adoran
aún no habéis dado á ninguno
el laurel de la victoria?

MARGARITA

Preguntáis mucho y no dáis
lugar para que os responda.

BEBEDOR 2.º

¡Qué beso os daría!

MARGARITA

Ruborosa.

El beso
es cosa pecaminosa.

BEBEDOR 2.º

El beso es la caricia que nuestro amor resume:
la boca es flor lozana y el beso es su perfume.
El beso crepitante es amoroso emblema
de fuego que la grana de nuestros labios quema.
Es, pues, de nuestra vida dulcísimo compendio
y chispa que produce las llamas de un incendio.
Las bocas que no quieren sentir el beso en ellas
son rosas sin fragancias y cielos sin estrellas.
Si en el amor no vibran de amor las bocas rojas,
es el amor un árbol sin ramas y sin hojas.
Cuando las agrias linfas de la amargura llegan
á algún hogar alegre y su ventura anegan,
los seres zaheridos por el revés amargo,
para consuelo, encienden un beso intenso y largo.
Cuando la dulce amada nos da su despedida,
vemos con hondo júbilo á la mujer querida

y angelical, que desde su ventanal lejano
un beso de su boca nos manda con la mano.
Si, al despertar, se orea nuestra cabeza ardiente,
es que ha vertido un beso su bálsamo en la frente.
Se besa á la Elegida para que su amor brote;
se besa la sagrada mano del sacerdote;
se besa el pliego antiguo de una misiva vieja,
y el pliego un sabor grato en nuestros labios deja;
se besa el terciopelo del suave escapulario,
y el santo crucifijo de nácar del rosario;
se besa la flor mustia que nuestro ayer despierta,
y el rizo negro ó rubio de alguna novia muerta.
¿Y hay algo que acelere las ondas del cariño
como romper los besos sobre la faz de un niño?
Besos en el fragante papel de una misiva;
besos en los anillos de la mujer esquiva;
besos en flores mustias—felicidad lejana;—
besos en las mejillas de la paciente hermana;
besos en los adioses pletóricos de llanto;
besos en las espinas del crucifijo santo;
besos en las heladas facciones de los muertos,
y besos en sus ojos extáticos y yertos.
Besos sobre la frente de la madre adorada,
y entre los frescos labios de la gentil amada.
El beso es la caricia que nuestro amor resume:
la boca es flor lozana y el beso es su perfume.
¿Os ha agradado?

MARGARITA

Es muy bello
cuanto habéis dicho.

BEBEDOR 2.º

Y es toda
la verdad que hay en el mundo,
tan plagado de zozobras.

BEBEDOR 1.º

¿Qué edad tenéis?

MARGARITA

Quince abriles.

BEBEDOR 1.º

Quince alegres mariposas
que en torno de vuestro pecho
vuelan en rápida ronda
de colores; pero un día
os abandonarán todas,
arrastrando entre sus alas
brillantes y vaporosas

vuestro corazón, al centro
de unas regiones remotas,
y volverán á entregaros
el corazón con las hondas
heridas que las saetas
del dios Cupido emponzoñan.

MARGARITA

Burlona.

¿De modo que los amores
son venenos y congojas?
Vos no entendéis el amor
ni lo sentís, bien se nota.

BEBEDOR 1.º

Ya veréis, cuando os asalte,
como vuestros ojos lloran.

BEBEDOR 2.º

Paréceme que á ese paso
conquistaréis pocas mozas.
¿Quién os manda, amigo mío,
recordar lloros ahora,
enturbiando así unos ojos
que al mundo bello se asoman?

No hagáis caso, Margarita,
del sermón; tomadlo á broma,
pues aunque el amor, á veces,
trunca ilusiones gloriosas,
para amar hemos nacido
y amando la vida es gloria.
Amad, que por algo el cielo
os dió gracias tentadoras.

BEBEDOR 1.º

No os moféis de mis palabras,
pues de mí nadie se mofa
ante unos ojos hermosos
sin saber cómo se porta
mi espada.

MARGARITA

Conciliadora y ofreciendo á cada uno su vaso.

Todo se arregla
con dos vasos de Borgoña.

Los caballeros beben alegremente.

FRITZ

Volviendo con los encargos.

Os lleváis una empanada
tierna y fina como pocas.

MARGARITA

Pagando la empanada y el vino con unas monedas, y los anteriores requiebros con una mirada de amorosa gratitud.

Adiós.

FRITZ

Adiós, Margarita.

BEBEDOR 1.°

Id con Dios.

BEBEDOR 2.°

Adiós, hermosa.

ESCENA IV

FRITZ y BEBEDORES 1.º y 2.º

FRITZ

Socarronamente y haciendo un guiño expresivo.

¿Qué tal es?

BEBEDOR 1.º

Tan exquisita
no la habrá en el mundo entero.

BEBEDOR 2.º

¡Quién pudiera ser florero
de tan bella *Margarita!*

FRITZ

Es una rosa en capullo
que perfuma cuanto roza,
y no hallaréis otra moza
con un talle como el suyo.
Su mirada es una salva
de suave candor, que vence,
y hasta hace que se avergüence
de su luz la luz del alba.

BEBEDOR 1.º

Interrumpiendo bruscamente los elogios y entregando una moneda al hostelero.

Tomad mi cuenta.

BEBEDOR 2.º

Imitando á su amigo.

La mía
con muchas creces os dejo.

FRITZ

Gracias.

BEBEDOR 1.º

Ea, adiós, buen viejo.

FRITZ

Id con Dios.

BEBEDOR 2.º

Hasta otro día.

Se van conversando alegremente en voz baja.

ESCENA V

FRITZ; luego ROSA.

FRITZ

Regocijadamente.

Va bien el negocio,
pues todos me pagan,
y pasa á mi bolsa
la pingüe ganancia,
y cuantos escudos
á mi bolsa pasan
son escudos buenos
para esta batalla
y muy bien defienden
el pecho y la espalda
con el áureo brillo
de sus piezas áureas.
Bien llega el dinero,
bien mece sus alas
sobre esta hostería
tan llena de fama,
fama que á la postre
tiene bien ganada,
puesto que aquí vienen
la flor y la nata;

los reyes, los príncipes,
la alta aristocracia.
Hasta el rey Don Carlos
primero de España,
durmió en nuestros lechos,
comió en nuestras salas.

Rosa que está en la puerta de la galería, sonríe.

Y es que en mi hostería
nunca falta nada:
tenemos faisanes
en seco y en salsa;
tenemos perdices
muy bien estofadas;
tenemos jamones
cuyo aroma embriaga;
tenemos corderos,
y carne de vaca,
y frutas y dulces...
que endulzan el alma,
y, claro, cobrando
tenemos ganancias,
y ganando, toda
la hacienda va en alza.

ROSA

Fritz, si no estás loco
muy poco te falta.

FRITZ

¿Por qué me lo dices,
esposa adorada?

ROSA

Porque lo demuestras
con tu charla extraña.

FRITZ

¡Bendito el dinero
que viene á mi casa!

ROSA

Bien pasas la vida,
Fritz, sin hacer nada.

FRITZ

¿Que no? Hacía cuentas,
te doy mi palabra.

Dando muestras de repentina actividad.

Voy á la cocina
á ver si preparan
comida al instante,
que las horas pasan.

Rosa queda sola y va á asomarse á la puerta de la calle, cuando en ella aparece Miguel Servet, que viste de brocado verde, á la italiana, lleva rica espada, espuelas refulgentes y gorra de larga pluma; en su pecho brilla la noble insignia del Toisón de Oro, y de su cintura pende el primor de una lujosa escarcela.

ESCENA VI

ROSA y MIGUEL SERVET.

ROSA

Con intenso cariño.

Señor, sed bien venido.

SERVET

Hola, mi noble Rosa,
que gobernáis mi vida con mano cariñosa.

ROSA

Pretendo solamente que vos viváis á gusto;
cumplir obligaciones no es mérito, es lo justo.

SERVET

Mas como en este mundo existen pocos seres
que sepan, Rosa amiga, cumplir con sus deberes,
cuando la bondad hallo me siento satisfecho
y noto que se ensancha de gratitud mi pecho,

y como vos en todo sois del deber emblema,
mi pecho en viva llama de gratitud se quema.

ROSA

Cambiando el hilo de la conversación para evitar elogios.

¿Por fin habéis logrado cumplir vuestro deseo?

SERVET

Sí; he dado por Ginebra mi matinal paseo,
y cuando caminaba sin rumbos decididos,
un canto indescriptible llegó hasta mis oídos:
era un conjunto extraño de gentes misteriosas
que alzaban lentamente canciones religiosas,
y doblegando al suelo sus frentes anubladas,
clavaban en la tierra la luz de sus miradas.

ROSA

Tal vez serían fieles cuyo fatal destino
es acatar los duros mandantos de Calvino:
hipócritas que tienen turbada la conciencia
y buscan paliativos haciendo penitencia.

SERVET

Sí; yo seguí sus pasos y entraron en el templo
de San Pedro á educarse en el torcido ejemplo.
Calvino, alzando, altivo, su voz de encono llena,
á todos sus secuaces ató con su cadena.
Todos estaban, todos, pendientes de sus labios,
lo mismo que si oyeran al sabio de los sabios.
La voz que recorría los arcos de la nave
vibraba como un látigo, y en vez de ser un ave
de paz para la pena de aquellos corazones,
era un inagotable raudad de humillaciones.

ROSA

Me alegra que en San Pedro tan pronto hayáis estado
y que con admirable paciencia hayáis mirado
las iras de ese monstruo de miras tan estrechas,
porque os libráis con eso de múltiples sospechas
y no seréis más tarde objeto de sus miras
ni sentiréis el peso de sus ardientes iras.

SERVET

¿Os trata mal Calvino?

ROSA

¡Oh! Sí, señor; convierte
nuestras ansias de vida en angustias de muerte,

y tanto, que en Ginebra no existe ser humano
que no conserve un rudo recuerdo de su mano.
Con sus palabras secas y sus designios fieros,
parece un lobo flaco que sigue á los corderos.

SERVET

Entonces, es difícil salir sin ser dañado...

ROSA

El cielo bondadoso, nos guarde del malvado.
Señor, ¿por qué dejasteis la paz de la abadía,
que sólo encierra santos motivos de alegría?

SERVET

En la abadía santa me consagré al cultivo
de la bendita ciencia, y el interés más vivo
hizo que, al fin, mis manos, en la ciencia curtidas,
del sueño de la muerte salvasen muchas vidas.
Guiado por la brisa de mi solicitud
me convertí en constante venero de salud;
quien hasta mí arrastraba malo el cuerpo mortal,
tornaba con el cuerpo libre de todo mal.
La gente, al ver curada tanta infeliz dolencia,
dió en aventar con júbilo la fama de mi ciencia.
Luché con tal fortuna, curé con tanto acierto,
que, con razón fundada, temí ser descubierto.

Pensé que llegarían mis glorias á Calvino,
y para que dejasen sin trabas el camino
que á Italia ha de llevarme con paso acelerado,
salí de la abadía con nombre figurado.
Mas no eran por mi vida mis grandes inquietudes,
sino por la abadesa, tan llena de virtudes.

ROSA

¡Cuán buena es siempre, y cuánto os quiere mi señora!
La carta que trajisteis demuestra que os adora.

SERVET

No existe en este mundo otra mujer con tanta
bondad para con todos.

ROSA

Con unción verdadera.

¡Señor, es una santa!

SERVET

Rosa, tened en cuenta el nombre que he adoptado.
No soy Miguel Servet.

ROSA

No, no paséis cuidado.

SERVET

Me llamo Villamonti.

ROSA

Señor, no estéis inquieto.
¡Jamás, ni ante la muerte, diré vuestro secreto!

Pausa.

¿Queréis, señor, que os sirva un refrigerio ahora?

SERVET

Servidlo cuando os plazca, mi buena protectora.

ROSA

Subid; en el más amplio de aquellos comedores
podréis estar á gusto y aislado de temores.

Suben por la escalera de caracol y se pierden en las galerías superiores.

ESCENA VII

PERRIN y BERTHELIER, que llegan de la calle; el primero contristadísimo.

PERRIN

Negras nubes se ciernen sobre todos;
se acerca lentamente la tormenta,
y en torrente de injustas represalias
sobre Miguel Servet caerá deshecha.

BERTHELIER

Animoso.

Vos sois muy pesimista. En vuestro pecho
la sedante esperanza no se alberga,
y, en cambio, la esperanza es en mí el bálsamo
que en todos mis dolores me consuela.

PERRIN

¿Qué se puede esperar cuando las vidas
están entre las garras de una fiera?
¿Qué se puede esperar junto á la boca

de abrupta y obscurísima caverna,
cuando está en su interior el tigre astuto
decidido á saltar sobre su presa?
¿Qué se puede esperar, decid, amigo,
del seno ponzoñoso de una tierra
donde mueren las rosas agostadas
y crecen sin cesar las malas hierbas?

BERTHELIER

Pero nuestras espadas se hallan prontas
para segar laurel en la contienda.
Nuestro sabio podrá partir tranquilo,
surcando el manso lago á toda vela.

PERRIN

Con desa liento.

No saldrá.

BERTHELIER

Inquieto.

¿Qué decís?

PERRIN

Calvino ha puesto
en la costa avisados centinelas
y ha hecho retirar todas las barcas
y ha cubierto de esbirros las afueras.

BERTHELIER

Desesperado

¡Maldición!

PERRIN

Con cierta sorna.

Serenáos: la esperanza
os debe consolar. ¡Tened paciencia!

BERTHELIER

No podré contenerme... ¡Fuego santo,
para cuándo se guardan tus hogueras?

Transición.

¿Qué opináis?

PERRIN

Que advirtamos á la víctima
el estado funesto de su empresa.

ESCENA VIII

DICHOS y FRITZ, que se acerca á los secuaces de Servet mostrando su más halagadora sonrisa.

FRITZ

¿Qué deseáis, caballeros,
de esta modesta hostería?

PERRIN

¿Está el doctor Villamonti?

FRITZ

Caballeros, aquí habita
esa gloriosa lumbrera
que tantos males alivia,
poniendo en pechos enfermos
bocanadas de alegría.
En este instante se encuentra
en un comedor de arriba,
donde mi mujer está
sirviéndole la comida.

BERTHELIER

¿Podremos subir?

FRITZ

Sin duda.

Señalando la escalera.

Por aquí. En la galería,
la puerta número cuatro.

Inclinándose.

Dios guarde á sus señorías.

Perrin y Berthelier, preocupadísimos, suben hablando en voz baja.

ESCENA XI

FRITZ

¡Cuánta gente de buen tono
de continuo nos visita!
Llegan con mucha frecuencia
hombres de mucha valía
á hacer frecuentes consultas
de casos de medicina,
y todos salen absortos
y todos se maravillan
de la ciencia incalculable
del doctor, que Dios bendiga.
Da gusto ver que á los sabios
se les rinde pleitesía
en un mundo donde todos
vamos tras de la codicia.

Va á la cocina, frotándose las manos.

ESCENA X

LAFONTAINE y D'ARLOD; luego ROSA.

LAFONTAINE

Entrando cautelosamente.

Estamos solos; pasad.

D'ARLOD

Franqueando la puerta con precaución.

Busquemos el mejor modo
de ver.

LAFONTAINE

Lo veremos todo
con toda tranquilidad.
Ocupemos esta mesa,

Se sientan.

que es la mesa más oculta,
y veamos qué resulta
del comienzo de la empresa.

No demos un paso loco
para luego no alcanzar
lo que debemos lograr
caminando poco á poco.

D'ARLOD

Pidamos algo primero,
y luego hablaremos.

LAFONTAINE

Sí.

ROSA

Baja con varios platos y pone mal gesto al darse cuenta de la presencia de sus huéspedes.—Aparte.

¡Dios santo, ya están aquí
dos aves de mal agüero!

Deja los platos en el mostrador y se acerca á la mesa recién ocupada.

¿Qué váis á tomar?

D'ARLOD

Traed
vino añejo del mejor.

LAFONTAINE

De ese que aumenta el vigor
y disminuye la sed.

Va Rosa á la cocina y vuelve á subir con nuevos manjares, mientras un mozuelo sirve el vino á los sospechosos clientes.

ESCENA XI

LAFONTAINE y D'ARLOD.

LAFONTAINE

Con fruición.

Está bien. La intriga empieza;
la prisión de ese extranjero
ha de producir dinero
á costa de su cabeza.

D'ARLOD

Pero, contad.

LAFONTAINE

El doctor
Guinetti, que es hoy mi amigo
fraternal, habló conmigo
del sabio con gran fervor.
Ensalzó su inteligencia
y sus modernas teorías,
y dijo que era un Mesías
para el reino de la Ciencia.

Y, como á mí, á todo el mundo
contó, loco de contento,
que Servet era un portento
original y profundo.
Es decir, que, sin querer,
Guinetti nos inició
en el misterio que yo
me he propuesto esclarecer.
Sin ese auxiliar acaso
Servet hubiera podido
vivir aquí inadvertido
y hacia Italia abrirse paso.

D'ARLOD

No es tan fácil, vive Dios,
burlar nuestra vigilancia.

LAFONTAINE

Y menos si la arrogancia
va del enemigo en pos.

D'ARLOD

Proseguid.

LAFONTAINE

Pues bien, partí

y desplegando mi tino,
fuí contándole á Calvino
cuantos elogios oí.
Escuchóme monseñor
lleno de tranquilidad,
y dijo con gravedad:
«¡Servet es ese doctor!»
Me ordenó que le siguiera
sin que huyese de mi vista
y sin olvidar su pista
ni un solo instante siquiera.
Yo, que ante nada me arredro,
con empeño le seguí
y esta mañana le ví
llegar de prisa á San Pedro.
En el rico templo entró
y en un rincón de la nave,
bajo la penumbra suave
de un tapiz, se colocó.
Yo, loco por la delicia
del hallazgo peregrino,
corrí en busca de Calvino
para darle la noticia.
Aún no había comenzado
nuestro jefe su sermón,
y escuchó con emoción
cuanto os dejo relatado.
«Yo—me respondió—veré
»desde el púlpito su cara,
»y para verla más clara

»de un nuevo ardid me valdré.
»Donde vos decís que está
»hay un ventanal corrido
»oculto por un tupido
»tapiz que sombra le da.
»Para dar cabo feliz
»á nuestro proyecto, cuando
»yo esté en el púlpito hablando,
»se descorrerá el tapiz.
»Y si es el hombre que reza
»en mi templo el sabio indigno,
»yo os haré un ligero signo
»inclinando la cabeza.»
Volví á la nave á esperar;
la plática comenzó,
y la amplia cortina abrió
paso al torrente solar.
Una frente suavemente
se inclinó con elocuencia,
y el sol puso la sentencia
sobre el marfil de otra frente.

D'ARLOD

¡Bah! Pues entonces no es mucha
la oposición, y lo siento.

LAFONTAINE

Contra un hombre de talento
siempre es difícil la lucha.

D'ARLOD

Pero como somos duchos
los que seguimos su pista,
no es fácil que se resista
uno solo contra muchos.

LAFONTAINE

Razón tenéis, á fe mía,
y el temor es necio ya
porque de esbirros está
rodeada la hostería.

ESCENA XII

DICHOS, SERVET, PERRIN y BERTHELIER; éstos tres en el rellano de la escalera.

LAFONTAINE

Viéndolos, y señalando con disimulo Servet.

Aquel es el extranjero.

D'ARLOD

Dióle el cielo mala estrella.

Al moverse tira la botella de Borgoña.

LAFONTAINE

¡Rayos, maldita botella!
¡Qué torpe sois, compañero!

Al sentir el ruido, reparan Perrin y Berthelier en los corifeos del tirano de Ginebra. Lafontaine lo nota.

Poned más cuidado, sin
hacer ningún desatino,
que siguiendo ese camino
no llegaréis á buen fin.
No estéis así; procurad
mostraros menos incierto.
¿Véis? Ya nos han descubierto.
Silencio. Disimulad.

PERRIN

Llevando con ímpetu la mano á la em puñadura de su espada.

¿Hasta aquí llegan también?

BERTHELIER

Conteniéndole.

No; tened más precaución.
No hagáis caso.

SERVET

Con curiosidad.

¿Quienes son?

PERRIN

Son D'Arlod y Lafontaine.

SERVET

No uséis vuestro acero para
deshacer falsos quebrantos:
aquí soy uno de tantos
y el incógnito me ampara.

Bajan lentamente y salen á la calle.
Los espías se esfuerzan en disimular.

ESCENA XIII

LAFONTAINE y D'ARLOD; luego ROSA.

D'ARLOD

Riendo.

¡Qué despreocupado va!
Nada teme y nada espera.

LAFONTAINE

Ni sabe que hay una hoguera
donde, al fin, se abrasará.

Ambos dan rienda suelta á su risa.

¡Admirable! Una persona
tan altiva y tan gallarda,
sin comprender que le aguarda
la humareda por corona.
Ya se convertirá en ira
ese indolente abandono
cuando sepa que su trono
único es la ardiente pira.

Pisará las secas ramas,
haciendo crujir los dientes,
entre bailes refulgentes
de inquietas y rubias llamas.
Y cuando su amargo ruego
reclame blanda clemencia,
¡ya veremos si su ciencia
puede librarle del fuego!

En este instante Rosa llega de los comedores altos y se detiene á escuchar. Lafontaine entrega una bolsa llena de oro á D'Arlod, diciéndole:

Colocad en vuestro cinto
esa bolsa de oro llena
y convertidla en cadena
del humanitario instinto.

D'ARLOD

Recogiendo el tesoro con mal disimulada codicia.

¡Qué santa tranquilidad
produce esta buena obra!

ROSA

Aparte.

Sobre todo, si se cobra

con tanta puntualidad.

Acercándose á ellos.

¿Os váis tan pronto?

D'ARLOD

Asustándose y recobrando su sangre fría al reconocer á la hostelera.

¿Sois vos?
Marcháis con pisadas quedas.

Mirandola.

¡Bah! Tomad esas monedas
por la cuenta de los dos.

ROSA

Aparte, desde la puerta de la cocina.

Cantad vuestra valentía
mientras los males hacéis;
mas si á Servet ofendéis,
¡esa cuenta será mía!

Desaparece.

ESCENA XIV

LAFONTAINE y D'ARLOD.

LAFONTAINE

Viene gente. Esperaremos
aquí mismo paseando
con mucha prudencia, y cuando
vuelva á subir... ya veremos.
No tengáis ningún temor
si usáis astucia exquisita,
y evitad que se repita
el estrépito anterior.

D'ARLOD

Tratando de disculpar su torpeza.

Fué un descuido que no tiene
nada de particular.

LAFONTAINE

Pues de un descuido proviene
la derrota, al pelear.

Vamos... No; yo aguardaré
á que el doctor vuelva á entrar,
y vos prevenid que esté
cada esbirro en su lugar.

Durante las últimas palabras del anterior diálogo, entra en escena el barón de Montí con varios amigos.

D'Arlod, después de inclinarse ante Lafontaine, va á poner en práctica sus órdenes.

ESCENA XV

LAFONTAINE, el barón de MONTI y sus amigos. Lafontaine vuelve á sentarse, adoptando una actitud indiferente, pero decidido á no perder un detalle de cuanto ocurra.

UNO

A Monti.

¿Os place la ciudad, mi noble amigo?

MONTI

Me place en sumo grado; mas me apena
mirarla bajo el cetro de un tirano
que ampara sus caprichos en la Iglesia.

OTRO

Para vos, como en Francia habéis nacido,
no podrá ser muy bella,
puesto que la nación que os dió su cuna
es emporio del arte y la belleza

MONTI

Cada bello país tiene un encanto
que lejos de su suelo no se encuentra;
un cielo deslumbrante y prodigioso;
un cinturón verdoso de alamedas;
un ramo de mujeres como flores,
son hechizos que siempre se recuerdan
junto á los monumentos que una historia
dicen con voz de piedra.
Y si Francia es el punto donde el arte
tiende sus blancas alas de quimera,
vosotros ostentáis esas montañas
de blancura cubiertas,
y esos lagos azules y serenos
como dulces pupilas de princesas.

ESCENA XVI

DICHOS y un pequeño TROVADOR, que llega corriendo con una mandolina cruzada al pecho.

TROVADOR

Oigan vuestras señorías
mis baladas y canciones
que en los tristes corazones
hacen nacer alegrías.

LAFONTAINE

Dándose cuenta de la llegada del Trovador.

Vete, chicuelo, y no pares
de correr, pues la justicia
castigará la malicia
que hay en todos tus cantares.

MONTI

Interceidiendo.

Dejadle, que es un chiquillo.

LAFONTAINE

Está en edad de aprender.

MONTI

Ningún daño podrá hacer
el canto de un pajarillo.
Dinos alguna canción
sin inquietantes temores,
y si es leyenda de amores
no pongas mucha intención.

TROVADOR

En el proscenio.

La vaquera
más gallarda
y hechicera
que en el prado ameno guarda
su ganado, al despuntar
la alborada sonriente,
fué á la fuente
del lugar.
Al acorde
de un ensueño,
llegó al borde

verdinoso y berroqueño
de la fuente, y se sentó,
y hacia el ámbito redondo
de su fondo
se inclinó.
Y en la linfa
clara y fresca
vió una ninfa
cuya boca picaresca,
que reía sin cesar,
era ardiente flor hermosa
deseosa
de besar.
En la linfa fresca y clara
vió algo nuevo:
vió la cara
de un mancebo
que á la ninfa un beso dió;
mas irguióse la vaquera,
ruborosa y altanera,
fiera y loca,
porque fué en su propia boca
donde el beso se encendió.

MONTI

Bella historia.

UNO

Lindo cuento.

TROVADOR

Mucho mejores lo sé,
y si queréis os diré
más de cien en un momento.

LAFONTAINE

Deja tus patrañas ya
y sigue tu marcha con
cuidado.

MONTI

Dándole una moneda.

Y por tu canción
toma un florín.

TROVADOR

Guardándolo en su faltriquera.

Bien está.
¿Tampoco queréis que baile
mis bailes encantadores

LAFONTAINE

¡Vete!

TROVADOR

Adiós, buenos señores.

A Lafontaine.

Adiós, aprendiz de fraile.

Huye, dejando muy descontento
Lafontaine, que le sigue hasta la puerta.

ESCENA XVII

Dichos, menos el Trovador. Suenan los timbales y trompetas de una procesión formada por secuaces de Calvino, que se castigan duramente mientras recorren las calles de la ciudad. Todos se acercan á la puerta de la hostería para presenciar el defile.

MONTI

Mirad los agrios frutos de la ruda
doctrina con que un necio les aterra.
Son sus caras reflejo de la duda
y buscan á su Dios bajo la tierra.
Da pena ver con cuanto servilismo
se humillan á las plantas de un tirano.
¡Si es tal humillación el cristianismo,
se debe renunciar á ser cristiano!
Dejan los campos solos y desiertos
por acudir á un fiero sacrificio.
Miradles á la cara y veréis muertos
animados por ansias de suplicio.
Estas gentes incultas, que debieran
glorificar á Dios con el trabajo,
prolongan su agonía porque esperan
ascender por el mérito más bajo.

LAFONTAINE

Con ira reconcentrada y sujetando al barón de Monti por un hombro.

Inclinad vuestra frente ante Calvino;
deponed esa estúpida arrogancia.

MONTI

Dignamente.

Jamás; yo soy francés y no me inclino.

LAFONTAINE

Aunque fueseis vos solo toda Francia!

MONTI

¡Atrás!

Llevando la mano á la espada.

UNO

Calma, barón.

LAFONTAINE

Algo dulcificado.

Para que el cielo

no juzgue con rigor vuestros agravios,
este suelo besad, y será el suelo
el freno bienhechor de vuestros labios.

MONTI

¡Nunca!

OTRO

Aparte á Monti

No os rebeléis contra esta gente.
Sus pechos son tan duros cual la roca;
inclinad, por lo menos, vuestra frente,
aunque no llegue al suelo vuestra boca.

MONTI

Desalentado.

¡Qué amarga humillación!

LAFONTAINE

Doblad al punto
la cerviz y purgad el desacato,
si no queréis que llegue vuestro asunto
al más alto poder dentro de un rato.

Va á inclinarse cuando entra Servet precipitadamente, quien, al ver la intención del barón de Monti, se figura todo y le obliga á alzarse.

ESCENA XVIII

DICHOS y MIGUEL SERVET.

SERVET

Amorosamente al barón de Monti.

No obedezcáis, caballero,
que los hombres no se humillan
al capricho de un tirano
que, por ser hombre, denigra
la raza humana. La frente
debe estar alta y tranquila,
porque Dios está en el cielo,
y los que la frente inclinan,
al inclinarla, se alejan
de las miradas divinas.
Al suelo doblan sus galas
todas las flores marchitas;
al cielo miran las flores
cuajadas de lozanía.
Al cielo deben alzarse
todas las ideas dignas
y todos los pensamientos
que llevan el bien por guía.

Desenvaina la espada y, amenazado se encara con Lafontaine.

Y vos, maestro ayudante
de esta extraña disciplina,
á ver si osáis sostener
la espada cual las mentiras,
el valor cual la soberbia
y el brazo cual la injusticia.
¿No osáis luchar pecho á pecho
y ponéis la cobardía
como nimbo vergonzoso
de esas cobardes doctrinas?
Podría hacer con mi espada
en vos muy buena justicia;
mas como soy generoso
os devuelvo vuestra vida.

Todos presencian asombrados esta escena, contemplando con respetuosa admiración á Servet. Lafontaine, acobardado, huye lentamente hasta hallar la puerta de salida.

LAFONTAINE

Aparte.

Porque estoy solo se exalta;
luego veremos quién grita.

Vase.

Servet sube á las habitaciones altas.

ESCENA XIX

MONTI y sus AMIGOS, luego ROSA.

UNO

¡Qué altiva y noble gallardía!

OTRO

Su espada es luz, su voz es ley.

MONTI

Es un guerrero en valentía
y es generoso como un rey.

UNO

¡Con qué arrogancia se interesa
porque el amor vuelva á reinar!

MONTI

Tan grande ha sido mi sorpresa
que ni las gracias supe dar.

UNO

Pues juro yo por lo que valgo
que la genial solicitud
de que hizo alarde un pecho hidalgo,
merece eterna gratitud.

OTRO

A Monti.

A mí no hay nada que me asombre,
y estoy absorto como vos.

MONTI

Es su figura la de un hombre
con el espíritu de un dios.

ROSA

Llegando de la cocina.

¿Queréis que os sirva la comida?

MONTI

No; volveremos á las tres.

ROSA

Pues á las tres será servida.

MONTI

Adiós.

VARIOS

Adiós.

ROSA

Acompañándolos hasta la puerta.

Hasta después.

El barón de Monti y sus amigos abandonan la hostería y Rosa vuelve á sus quehaceres.

ESCENA XX

DOS ESBIRROS, luego FRITZ

ESBIRRO 1.º

Entrando con sigilo

No ha quedado nadie; es ésta
la más propicia ocasión
para escondernos.
Dirigiéndose á la puerta.—Amigo,
podéis entrar sin temor.

ESBIRRO 2.º

Tengamos mucha prudencia.

ESBIRRO 1.º

Nuestro jefe me encargó
que detrás de esos toneles
nos pusiéramos los dos.
Él solo vendrá á rendirle
y ayudaremos tú y yo.
Vamos.

ESBIRRO 2.º

Pero ten prudencia.

ESBIRRO 1.º

Y tú, prudencia... y valor.

Se ocultan cuidadosamente detrás de los toneles que hay debajo de la escalera Fritz sale de la cocina, empuñando un gran cuchillo, elige un embutido de los que hay sobre el mostrador y vuelve á la cocina, dejando olvidado el cuchillo.

ESCENA ULTIMA

ROSA, SERVET, LAFONTAINE, FRITZ, D'ARLOD, ESBIRROS y COCINEROS.

SERVET

Bajando delante de Rosa.

Vos, Rosa, exageráis mis noble bríos
y ponéis en la cumbre mi arrogancia,
y para mí esos bríos, por ser míos,
carecen de importancia,
y á mostrarlo de nuevo estoy dispuesto
en cuanto la ocasión se me presente.

ROSA

No acierto á comprender exactamente
si vos sois más valiente que modesto
ó si sois más modesto que valiente.

SERVET

Daré por esas calles otra vuelta.

LAFONTAINE

Entrando con socarrona jactancia.

¡Oh! no saldréis sin la licencia mía
porque no es conveniente que ande suelta
vuestra ardiente y gallarda bizarría.

Rosa queda sobrecogida y sigue con verdadera estupefacción todo el diálogo.

SERVET

¿Y vos pensáis, acaso,
que yo he de obedeceros, insolente?

LAFONTAINE

Lo pretendo, y seréis tan obediente
que no daréis ni un paso.

SERVET

Mirad lo que decís, que mi paciencia
no se dilatará cuanto yo quiero,
y temblando está el puño de mi acero
por no haber castigado esa insolencia.

LAFONTAINE

Desenvainando.

Luchad, si os atrevéis.

Servet, hace un movimiento; pero se siente sujeto por los esbirros que salen de detrás de la escalera.

SERVET

Espada en mano.—¡Traición!

LAFONTAINE

¡Ya es tarde!
Apagad vuestro fuego belicoso.

SERVET

Pagáis mi rasgo noble y generoso
con la astucia rastrera de un cobarde.
Pero no celebréis cuanto habéis hecho,
ni alabéis vuestra empresa por ganada,
porque tengo una espada
que sabe abrirse paso en cualquier pecho.

Forcejea y tira á un esbirro.

LAFONTAINE

¡D'Arlod, venid aquí con vuestra gente!

ROSA

Acercándose á la cocina.

¡Socorro, llegad todos al instante!

Entran D'Arlod y cuatro esbirros que logran hacerse dueños de Servet; y los marmitones, siguiendo á Fritz obedecen á Rosa

FRITZ

¿Qué pasa? ¿Qué queréis?

LAFONTAINE

Conteniendo á los dependientes de la hostería.

Quien se adelante,
que se encomiende al cielo, si es creyente.

ROSA

Sujeta por D'Arlod.

¡Cobardes! ¡Asesinos!

LAFONTAINE

Cesad en vuestra plática importuna
porque son todos esos desatinos
ladridos de los perros á la luna.

Se acerca á Servet y le arrebata la espada.

Traed. Es vuestra espada bien templada
y digna de un sangriento desafío;
pero en esta ocasión, amigo mío,
de poco os ha servido vuestra espada.

Entregándosela á D'Arlod.

Tomadla con cuidado
y no os mostréis triunfante ni risueño,
que tal vez en su puño haya quedado
la bélica jactancia de su dueño.

Quita los anillos á Servet que, á pesar de su resignada actitud, hace un movimiento de rebeldía á cada despojo.

Estos bellos anillos relucientes
pasarán en dinero á nuestras cajas
porque los delincuentes
no deben ostentar ricas alhajas.
Y este Toisón de Oro
ha de pasar á mí en este momento,

y aunque por mí, en verdad, nada lo siento,
por vos, noble magnate, lo deploro.
También vuestra escarcela, aunque me duela,
he de arrancar del cinto en que se mece,
porque también, señor, nos pertenece
el oro que guardáis en la escarcela.

Con fingida humildad.

Me pesa haber llegado á estos extremos
que os llenan de bochorno;
mas ordena la ley que os despojemos
de cuanto constituye vuestro adorno.

SERVET

Con desdeñosa piedad.

Saciad vuestros instintos de codicia,
fementidos tiranos,
que otro día caeréis en otras manos
más sabias en los trances de justicia.
Ensañaos con ansias de riquezas;
llamadme, sin piedad, vuestro enemigo,
y cortad las cabezas
cual espigas maduras de áureo trigo.
Matad el bien fecundo
con pasiones livianas y mezquinas,
y luego pregonad por todo el mundo
que son santa virtud vuestras doctrinas.

Mirándolos con desprecio

¡Vamos! Acabe ya tanto suplicio
y cese mi dolor, que el tiempo avanza,
y en todo sacrificio,
el mayor sacrificio es la tardanza.
Llevadme, por favor, al calabozo
más lóbrego que exista
y así se alejarán, para mi gozo,
vuestros rostros innobles de mi vista.

Le maniatan, después de haber guardado cuidadosamante el botín de la captura.

LAFONTAINE

Conducidle al palacio donde aguarda
monseñor.

D'ARLOD

¿Os quedáis?

LAFONTAINE

No, también parto,
y luego volveremos á su cuarto
á saber los secretos que en él guarda.

Los esbirros salen conduciendo á Servet, seguidos de D'Arlod.—Lafontaine va á ir en pos de ellos, cuando Rosa, apoderándose del cuchillo que Fritz dejó olvidado, se arroja sobre el jefe de las huestes de Calvino.

ROSA

¡Morid entre mis manos, traicionero!

Fritz se interpone.

LAFONTAINE

¡Seguidme!

FRITZ

Humildemente.—Disculpad su extraño encono;
no sabe lo que dice, caballero...

LAFONTAINE

A Rosa, enfáticamente.

Tan grande es mi nobleza que os perdono.

Mientras Lafontaine se aleja, Rosa cae desmayada en brazos de Fritz.

TELÓN

FIN DEL SEGUNDO ACTO

ACTO III

Sala de uno de los pisos superiores de la Hostería de la Rosa.—Al fondo, en su parte media, chimenea alta, monumental, sostenida por fuertes pilares. —Delante, banco con alto respaldo tallado en roble.—La estancia está alumbrada por una lámpara suiza, consistente en una figura de madera en forma de sirena, de cuyos lados parten, á manera de alas, dos largos cuernos de ciervo, sobre cuyas extremidades lucen velas encendidas.—En la chimenea simulan arder gruesos troncos.

Laterales derecha é izquierda, puertas de acceso á la sala. A la izquierda de la chimena, ventana practicable, y á la derecha, puerta de escape.—Una mesa con recado de escribir.

A un lado de la chimenea, dos sillones de alto respaldo, estilo Renacimiento, y al pie de cada uno de ellos un cojin de seda carmesí.

Es de noche y se oye el huracán desatado por las calles de Ginebra.—De vez en cuando retumba el trueno y entra por la ventana la cegadora claridad de los relámpagos.

ESCENA I

ISABEL, LAURA y JESSÉ.

Isabel, sentada en uno de los sillones, recorre silenciosamente las cuentas un rosario.

Viste traje de terciopelo negro, con una golilla de Inglaterra, cubierta con un gran manto de capuchón, y en su pecho fulgura una cruz de amatistas.

A los pies de Isabel, casi arrodillada en uno de los cojines, Laura, en traje de novicia, murmura una oración.

Sobre el banco, sumido en profundo sueño, Jessé, colono y servidor leal de Isabel y antiguo capitán del duque de Borgoña. Ocúltase bajo el uniforme de soldado, á juzgar por la tizona que pende de su cinto.

Acabado el rezo, la condesa de Viry suspira débilmente y abandona el rosario sobre la chimenea.—Laura alza la vista y quédase como en éxtasis mirando á Isabel mientras la besa una mano.

LAURA

¡Quiera Dios que nuestros rezos
sirvan en su Trono Santo
para salvar una vida
en que todos nos miramos!

ISABEL

¡Dios nos oiga! En Él confío;
mas si nos rinde el fracaso,
bendigamos al Eterno
y acatemos sus mandatos.

LAURA

Mirad á Jessé; dormido
reposa sobre ese banco.

ISABEL

Dichoso quien así duerme,
pues con el sueño va ahogando
las desdichas de la vida
y las penas del cansancio.

LAURA

Dura ha sido la jornada,
y bien merece el descanso
un servidor tan asiduo
tras un sendero tan largo.
¡El cielo guarde su sueño!

ISABEL

¡Sueño!... ¡Quién pudiera hallarlo!
A veces cierro los ojos,
y mis esfuerzos son vanos
porque, aunque tienden su sombra
en las pupilas, los párpados,
dentro se mueve el espíritu

intranquilo y agitado,
y el pensamiento aletea
sobre mil temores trágicos,
y los nervios se estremecen
al beso del sobresalto.
¡Dichoso Jessé! Su cuerpo
prisionero en sueño lánguido,
da nueva vida al espíritu
en su cuerpo aprisionado.
¡Jessé venturoso! El sueño
y la muerte son hermanos,
y la muerte para el triste
ha de ser muy dulce bálsamo.

ESCENA II

DICHOS y ROSA, que entra silenciosamente, vestida de invierno, con traje cerrado de estameña obscura y galones de terciopelo negro.

ROSA

¿Habéis concluído las preces?

ISABEL

Sí, Rosa; ya hemos rezado.

ROSA

Yo también hice mis ruegos
en los salones de abajo,
mientras disponía todo,
y pienso que habrán llegado
á Dios, que las oraciones
llegan desde todos lados
á su Trono, si quien reza
pone el fervor en sus labios,

ISABEL

Tienes razón, buena Rosa,
y hablas con juicioso tacto,

que el corazón es un ara
si el corazón está sano.
Siéntate un rato.

ROSA

Confundida.—¡Señora!

LAURA

Sí, Rosa amiga, sentaos.

Rosa se sienta dando muestras de cierta embarazosa cortedad.—Jessé, sobresaltado, se despierta.

JESSÉ

Aparte.

¡Me venció el sueño!

Se incorpora apresuradamente, abandona el banco y se coloca ante Isabel en actitud de humilde sumisión.

Señora,
castigad mi desacato,
y si no lo castigáis,
yo bien sabré castigarlo.
Se dejó vencer del sueño
quien nunca rindió su brazo,
y no es justo que en cobarde
se trueque un viejo soldado.

Dadme, pues, vuestra sentencia,
que con humildad la aguardo.

ISABEL

Yo celebro vuestro sueño
porque en el presente caso
os dió nuevas energías
para continuar luchando,
y como vos coadyuvasteis
á mi intento, sin pensarlo,
y además, agradecida
estoy á vuestros cuidados,
de acuerdo con mi conciencia
castigo vuestros agravios
y os sentencio á que comáis
para recobrar más ánimo;
bajad y abajo hallaréis
comida de vuestro agrado.

LAURA

Alegremente.

Ya sabéis el fallo impío;
acatad, pues, ese fallo.

JESSÉ

Inclinándose

La bondad es flor que brota

en todos vuestros mandatos.
Cumpliré cuanto mandasteis
y no por necesitarlo,
sino por cumplir gustoso
cuanto vos me habéis mandado.

Tras una profunda reverencia se va por lateral derecha.

ESCENA III

ISABEL, LAURA y ROSA

ROSA

¿Os cansó mucho el viaje?

ISABEL

Presa en mi angustia, no alcanzo
á saber si la fatiga
en mi cuerpo se ha cebado:
hoy sólo vive mi espíritu
y él es quien me va guiando.

LAURA

Yo creo sinceramente
que os sostenéis por milagro,
pues segura estoy que desde
que al doctor encarcelaron
hace dos meses, no habéis
dormido ni descansado.

ISABEL

Y yo creí que viniendo
á Ginebra, mis aciagos
dolores se aplacarían;
mas me ocurre lo contrario.

ROSA

Reposad.

ISABEL

Sería inútil,
que el sueño me está vedado,
y cuando á obscuras me quedo,
miro pasar enlazados
fantasmas y más fantasmas
que ante mí agitan sus manos.

Transición como si volviese á la vida, tratando de borrar preocupaciones.

¡Cuánto me complace, Rosa,
verme de nuevo á tu lado,
y cuánto siento el motivo
que á la hostería me trajo!

ROSA

Para mí, vuestra llegada
ha sido un brillante rayo
de luz en estas tinieblas
en que sumidos estamos.
¡Sois tan buena, que estaría
toda mi vida besando
vuestras manos bondadosas
y el vuelo de vuestro manto!

LAURA

No nacerá otra mejor
por más que corran los años.

ISABEL

Tomad, Laura, amiga mía
y servidora, el rosario
y llevadlo al cofrecillo
de nácar que hay en mi cuarto,
y Dios os lo pague, dulce
compañera de calvario.

LAURA

Dios refresque vuestra frente
con su aliento soberano.

Vase Laura.

ESCENA IV

ISABEL y ROSA

Las dos se acercan á la ventana.

ROSA

¡Cómo se estrella el fuerte viento
contra la mole de los muros
y entre las luces del relámpago
que abre en las nubes claro surco!

ISABEL

¡Pobre Ginebra! Hasta los cielos
quieren que rinda su tributo
á la tormenta, doblegando
sus altos árboles robustos.

ROSA

Mirad, ya expiran las centellas;
pero ahora nace el beso húmedo
del aguacero cuyas gotas
llegan aquí con golpes rudos.
¡Desventurados los que vayan
por los senderos más incultos
sin una choza para abrigo,
sin una luz para su rumbo!

ISABEL

Es agua nieve que más tarde
irá cuajando en impolutos
copos que, luego, temblorosos,
á la merced de fuerte impulso
descenderán hasta la tierra
para juntar sus cuerpos puros.
¡Son los crespones de las nubes
para la tierra triste luto,
y la alba nieve es un sudario
que hace el silencio más profundo!

Un relámpago fosforescente hace temblar á Isabel y á Rosa, que se alejan de la ventana santiguándose. Se sientan de nuevo.

ISABEL

¡Qué lentamente pasan las horas de martirio!
Ni una feliz noticia hasta nosotras llega,
y el alma lacerada, ya próxima al delirio,
por el mar proceloso de la duda navega.
Para evitar la pena que á mi pecho se enrosca
y detiene en mi pobre corazón el latido,
quisiera ser inculta y quisiera ser tosca
para hallar en mi necia tosquedad, el olvido.

ROSA

Aunque fueseis, señora, una ruda aldeana,
estariais lo mismo, que el corazón palpita

igual en cualquier pecho, y es como la campana
que se mueve en la recia catedral y en la ermita.

ISABEL

Es cierto... Ya se apagan las luces de mi mente
y voy por un camino de error, sin darme cuenta...
Perdona, buena Rosa, mi falta, y sé indulgente
con quien se agita bajo la angustia más violenta.

ROSA

¡Qué cosas se os ocurren, señora de mi vida!
¡Ser con vos indulgente quien á vos debe todo
cuanto tiene! Señora, estáis tan conmovida
que encontrar yo quisiera, de aliviaros, el modo.

ISABEL

Ni un chasquido revela proximidad de gente
que de Servet nos diga cuanto á mí me interesa.
¡Oh, presagios impíos! Mi corazón presiente
el dolor invencible de una amarga sorpresa.

ROSA

Tened calma, señora; sus amigos le guardan
y sabrán defenderle de las garras del daño.

ISABEL

Todos son unos siervos para él; pero tardan
en llegar, y es mi miedo poderoso y extraño.

ROSA

Yo daría por verle escapar de su encierro,
cuyo amargo suplicio vuestros nervios altera
y os obliga á que cese vuestro santo destierro,
la mitad de mi vida.

ISABEL

Con pasión.

¡Pues yo la vida entera!

ROSA

Amargamente.

Vos le adoráis, señora. ¿Verdad que no me engaño?
Esa frase lo dice con su cálido acento.

ISABEL

¡Rosa!

ROSA

Vuestro cariño, señora, no es extraño.

ISABEL

Pues, sí: Servet es Norte para mi pensamiento.
Primero amé sus obras soberbiamente escritas,
me embelesó su estilo de varonil fragancia;
pero al ver su figura, aumentaron mis cuitas
porque me ha cautivado su soberbia arrogancia.
¡Qué noble es su apostura, qué firme su conciencia,
qué admirable su ingenio, qué gallardo su porte!
Es un angel del cielo, es un rey de la ciencia,
y un soldado de Cristo y un galán de la corte.

ROSA

¡Buen retrato habéis hecho de su esbelta figura!

ISABEL

¡Cuánto fuego en sus ojos!

ROSA

¡Cuánta miel en sus labios!

ISABEL

¡Qué nobleza en su frente!

ROSA

¡Qué conciencia tan pura!

ISABEL

¡Qué asombroso talento!

ROSA

¡Es el rey de los sabios!

ISABEL

Yo que nunca en el mundo hallé un hombre que hiciera
palpitar en mi pecho mi corazón marchito,
hoy me encuentro en las redes del amor prisionera.
Rosa amiga, ¿adorarle será, acaso, un delito?

ROSA

Son delito, señora, las insanas pasiones
que corrompen el cuerpo y encenagan el alma;
pero amar lo que es bello manantial de ilusiones
es amar á Dios mismo, que es la luz y la calma.
Ese amor santo y puro de que Dios nos ha hablado,
que á Servet os impulsa como un aura bendita,
es perfume que borra de la mente el pecado
y que á Dios nos eleva y á vivir nos incita.

ISABEL

Rosa amada, cualquiera que escuchara el acento
y el ardiente entusiasmo que en tus frases se encierra
pensaría que ahora tu veloz pensamiento
á Servet vive asido como el tronco á la tierra.

ROSA

¡Yo, señora!...

ISABEL

No niegues, que negar causa enojos.
¡A Servet también amas!

ROSA

Perdonadme.

ISABEL

Sé fuerte.
El amor no se oculta, pues se asoma á los ojos.

ROSA

Perdonadme, señora.—Aparte.
¡Oh, Gran Dios, dadme muerte!

Pausa.
Aparte.

¡Qué infeliz coincidencia! Mi gentil protectora
descubrió mi delito. ¡Muere, amor, en mi pecho!

Rompe á llorar.

ISABEL

Acudiendo á ella solícitamente.

¿Qué te ocurre? ¿Qué tienes?

ROSA

¡Oh! No es nada, señora;
vuestro amor que la fuente de mi llanto ha deshecho.

ESCENA V

DICHAS y un CRIADO, luego D. LUIS.

CRIADO

En la puerta lateral izquierda.

Don Luis de Córdoba pide
para entrar, vuestra licencia.

ISABEL

Decid que pase al instante.

El criado hace una seña, y después de ser obedecida por D. Luis, se va.

CÓRDOBA

Señora, con vuestra venia.—*Se inclina ceremoniosamente.*

ISABEL

Hablad, hablad sin tardanza;
decid, por Dios, cuantas nuevas
traigáis, noble caballero,
que me mata la impaciencia.

Rosa se ha puesto en pie detras de la silla que ocupa la cuitada abadesa.

CÓRDOBA

Berthelier y Perrin, señora,
me encargaron que viniera

á daros breves noticias
para tranquilidad vuestra.

ISABEL

No omitáis ningún detalle.

CÓRDOBA

Servet, por su mala estrella,
en el mismo calabozo
de nuestro Obispado espera
el dudoso desenlace
de este mal que nos inquieta.

ISABEL

Mal que os inquieta y que á mí
me quita el sueño y me aterra.

CÓRDOBA

Con nadie se comunica,
y ciñen duras cadenas
sus finas manos de príncipe
que de las carnes enfermas
hicieron brotar con ímpetu
raudales de vida nueva.

ROSA

¡Un sabio que está pagando
el delito de su ciencia!

ISABEL

¡Envidia, pálida envidia!

CÓRDOBA

Sí; la envidia es quien le acecha.
Todos queremos salvarle
de la prisión que le afrenta
y para ello contamos,
como sabéis, con las fuerzas
propias y las de otros muchos
calvinistas que veneran
á Servet y que censuran
esta emboscada perversa.
Ellos nos ayudarán
de una manera indirecta
no acudiendo á las sesiones
que en estos casos celebran,
y así el Pequeño Consejo
tendrá menos papeletas
de votos contra el doctor
que sufre prisión estrecha.
Mas como todos tememos
en esta ruda contienda
los ardides de Calvino,
tenemos todos la idea
de conseguir que esta noche
la causa de Servet pueda
llevarse ante el Gran Consejo,
donde sus amigos cuentan
con mayoría de votos
para salvar nuestra empresa.

Es cuanto me han encargado,
y solamente me resta
comunicaros que pronto
vendrán á vuestra presencia
vuestros amigos Perrin
y Berthelier, y quizá vengan
con el propio prisionero
causa de vuestra impaciencia.

ISABEL

Dios lo haga con su bondad
sin límites.

ROSA

Así sea.

ESCENA VI

DICHOS y LAURA

Laura saluda á D. Luis con una ligera inclinación de cabeza, se fija más en él y queda perpleja é indecisa.

LAURA

Aparte —¡Virgen Santa! Si la vista
no me engaña ni me ciega...

Rosa é Isabel acuden á ella.

Él es... ¡Qué débil me siento!—Se desmaya en brazos de Rosa.

ISABEL

¿Qué os sucede?

CÓRDOBA

Que ha presenciado la escena con emoción profunda, sin atreverse á intervenir en ella.

Aparte. ¡Qué sorpresa!
...la doncella sin amores
es flor mustia, fuente seca,
sol sin luz...

ISABEL

Viendo que Laura recobra el conocimiento y mira á D. Luis.

¿Qué mal os hizo
palidecer? ¿Qué dolencia
ha anidado en vuestro cuerpo?

¿Qué viva inquietud se encierra
en vuestro pecho?

LAURA

Señora,

ya estoy tranquila y serena.

ROSA

Vuestras manos están frías
y me parece que tiemblan.

LAURA

Dominándose.

No os inquietéis; fué un mareo
y ya no es fácil que vuelva.

ISABEL

No quiero que vos tengáis
dolores que yo no sepa;
decid, cuitada, decid,
que roposa quien confiesa.

LAURA

¡Hablaré! Este caballero
es quien se acercó á mi reja
y prometiéndome amores,
faltó luego á su promesa.

CÓRDOBA

Hincando una rodilla.

Señora, yo lo confieso;
yo seduje á esta doncella;
mas asuntos inminentes
me alejaron de estas tierras,
y cuando torné, anhelando
alzar mi pasión sincera
al calor de sus caricias,
hallé su casa desierta,
hallé su huerto sin frondas,
y mi esperanza deshecha
me sumió en honda nostalgia,
y aún viven mis tristes penas.

En pie, á Laura.

Bella Laura, os he buscado,
y hasta las ocultas ciencias
consulté para encontrar
vuestra arrogante belleza.
Ahora me explico el silencio
que siempre hallé por respuesta,
y me enorgullece, Laura,
vuestra decisión extrema
de olvidar en el convento
los dolores de la tierra.
Tal vez mis afirmaciones
á vos falsas os parezcan;
mas, Laura gentil, os juro
por mi vida, que son ciertas.
Sólo vuestro perdón pido.

ISABEL

Laura, ¿le amáis?

CÓRDOBA

Apasionadamente.—Sed ingenua.

Laura reclina la frente sobre el pecho de Isabel, y llora en silencio.

ISABEL

Le amáis; vuestras dulces lágrimas
todo vuestro amor revelan.
Recordad lo que aquel día
que llamasteis á mi puerta,
os dije, querida Laura:
amar á un hombre es empresa
fácil; pero á amar á Dios
tan sólo, no todos llegan.
¡Dichosa vos que tenéis
la felicidad tan cerca!

LAURA

Lacrimosamente.

¡Ya es tarde!

ISABEL

Sería tarde
si fueseis monja profesa;
pero como sois novicia
y como el amor impera
en vos, podéis seguir siendo
en vuestros amores, buena,

y esposa de Luis de Córdoba,
y de Dios humilde sierva.

CÓRDOBA

¡Señora, gracias! Yo os pido,
aunque yo no la merezca,
la mano de Laura.

ISABEL

Quiero
que hagáis para merecerla
cuanto podáis por salvar
á Servet de toda afrenta.

CÓRDOBA

Haré todo lo posible
por evitar que él perezca.

ISABEL

Partid, pues, que los laureles
deben ganarse en la guerra.

CÓRDOBA

Ya me alejo. Permitidme
que antes deje un beso en vuestra
mano angelical que tiene
las flores de la clemencia,
y así venceré en la lucha
y cuando en la lucha venza,

volveré á buscar mi vida
que hoy á vuestro lado queda.—Por Laura.

Besa la mano de Isabel; se inclina ante Laura y se aleja diciendo:

¡El cielo quiera que torne
vencedor! Hasta la vuelta.

Isabel y Rosa acompañan amorosamente á Laura por lateral derecha.

ESCENA VII

FRITZ y JESSÉ, por lateral izquierda.

FRITZ

Creo que estaréis contento.

JESSÉ

Contento y agradecido.

FRITZ

Como que no hay alimento
mejor que el que os he servido.
La perdiz que habéis comido
con tanto gusto, hace un rato,
era el cielo contenido
en el recinto de un plato.
¡Qué tufillo tan fragante
y gustoso despedía!
¡Perdiz digna de un infante
de la mejor monarquía!

JESSÉ

Grande fué la suerte mía
pudiendo ver suplantado
á un noble de jerarquía
por un modesto soldado.

FRITZ

Eso no, porque el valor
es la base de la historia,
y un soldado vencedor
logra gloria en la victoria;
luego es cosa bien notoria
que la perdiz discutida,
siendo un pedazo de gloria,
ha estado muy bien servida.

ESCENA VIII

DICHOS y ROSA, que entra por la lateral izquierda y permanece un instante contemplando á su marido.

ROSA

¡Fritz, sempiterno hablador,
has descuidado la puerta!

FRITZ

Rosa, juro por mi honor
que desde aquí estoy alerta.
Para que aguce el oído
no hará falta gran estruendo,
porque al más leve chasquido
que sienta...

ROSA

Con ironía.—Saldrás corriendo.

JESSÉ

A Rosa.—Vos exageráis la nota
criticando su valor...
digno de una fuerte cota.

FIRTZ

Vos me conocéis, señor.—Vase por lateral derecha.

ESCENA IX

ROSA y JESSÉ

ROSA

Seguimos sin saber qué han decidido
acerca del doctor, cuya inocencia
se ha de ver sometida á una sentencia
dictada por un hombre fementido.

JESSÉ

No temáis, buena Rosa, por su vida
ni el arribo del fallo os impaciente,
porque es cosa sabida
que alcanza la victoria el inocente.

ROSA

Así debiera ser; mas lo contrario
en esta dura vida siempre he visto.
Ya véis, Cristo murió tras su calvario,
y nadie fué inocente como Cristo.

En el silencio de la noche suenan con fatídico estampido dos detonaciones de arcabuz, que llenan de temor á Rosa y á Jessé.—Isabel y Laura entran en escena, con la angustia pintada en los rostros, y Fritz, más atemorizado que nadie, llega temblando.

ESCENA X

ISABEL, LAURA, ROSA, FRITZ y JESSÉ.

Se oyen golpes furiosos en la puerta de la hostería.

FRITZ

¿Habéis oído? Están llamando.
¿Quién llegará á tan altas horas?

JESSÉ

Bajemos pronto; tal vez sean
nuestros amigos.

FRITZ

¿Bajo, Rosa?

ROSA

Mas ya lo sabes, si no dicen
la contraseña, cierra todas
las rejas bajas, y que nadie
pueda llegar hasta nosotras.

Vanse Fritz y Jessé, éste con la espada desnuda.

ISABEL

¿Quién llegará con tantos ímpetus,
bajo el amparo de las sombras?

LAURA

¡Que quien arribe, sea heraldo
de felicísima victoria!

ISABEL

¡El corazón me está diciendo
que es el clarín de la derrota!

LAURA

Ya llegan todos; tened calma.

ISABEL

¿Calma decís?

ROSA

¡Calma, señora!

ESCENA XI

DICHOS, PERRIN, CHAUTEMPS, CHAPEO ROJO y VANDEL

Perrin precede á todos, espada en mano, con el sombrero roto y las plumas chamuscadas. — Los demás muestran también visible deterioro en su indumentaria.—Uno de ellos arroja con ira su acero partido, y todos están lívidos y desencajados por la lucha y por la rabia.

ISABEL

Con vivo interés.

Invencible Perrin, ¿quién ha atentado
contra todos vosotros? ¿Quién se atreve
á seguir vuestras huellas? ¿Quién ha alzado,
por la maldad armado,
su brazo tan astuto como aleve?

PERRIN

Señora, apenas puedo
decir una palabra; mas no anuda
la voz en mi garganta el loco miedo
sino la indignación vibrante y ruda.

Haciendo grandes esfuerzos por dominarse.

Como vos ya sabéis por nuestro amigo
don Luis, bravo testigo

de la sangrienta lid de que me quejo,
presenté hace un instante
una proposición al Gran Consejo
para que diese un fallo terminante
en la causa que tanto nos inquieta.
Tomó el pliego Calvino,
y con una arrogancia harto indiscreta
lo deshizo con ímpetu felino,
y se estrelló mi ruego
contra el muro fatal de sus desmanes:
fué una paloma el pliego,
y sus manos dos fuertes gavilanes.
En todas las gargantas nació un grito
de enérgico reproche,
que ha debido llegar al infinito
envuelto por las sombras de la noche.
Desenvainé mi espada;
y moviendo su hoja recta y fuerte,
brillante y cincelada,
la convertí en heraldo de la muerte.
Ya estaba preparado
Calvino á rechazar la acometida,
pues mi proposición fué recibida
con un golpe de Estado,
y hallamos al blandir nuestros aceros
un fuerte batallón de arcabuceros
que, llegando por puertas y ventanas,
invadía los lóbregos salones,
haciendo así quiméricas y vanas
nuestras firmes y santas intenciones.

CHAUTEMPS

La sangre borbotaba en las heridas
vertiendo sin cesar raudales rojos,
y todos, defendiendo nuestras vidas,
lanzábamos infiernos por los ojos.

CHAPEO ROJO

El fiero Berthelier, casi demente,
con los labios tremantes y abrasados,
tiró por la ventana bravamente
al rudo capitán de los soldados;
dirigió sus ataques más certeros
á un grueso pelotón de alabarderos,
hundiendo su tizona hasta las guardas;
castigó con la fuerza de su mano
mil amenazas necias
y rompió con impulso soberano
tres ó cuatro alabardas
mortíferas y recias.
Parecía un león; mas circundado
por muchos, cayó herido,
y en estrecha prisión le han encerrado:
preso está, no vencido.

VANDEL

Para hacer más difícil la contienda
apagaron las luces,

y como interceptaban nuestra senda
las bocas de mortales arcabuces,
á fuerza de estocadas
tuvimos que escapar de aquel recinto:
aún está en sangre tinto
el hierro vengador de las espadas.

PERRIN

Las feroces jaurías
muy cerca de estas casas han llegado.

CHAUTEMPS

Lafontaine, de seguro se ha quedado
en estas cercanías.

ISABEL

¿No habrá nueva esperanza
que lleve hasta la cumbre nuestro intento?
Pensad, que el tiempo avanza;
no perdáis, os lo pido, ni un momento.

Oyese un nuevo disparo de arcabuz y la puerta de la hostería tiembla á los golpes frenéticos de una mano nerviosa.

PERRÍN

Iré yo mismo á la puerta,
y no temáis por mi vida,

que esos son golpes de amigos
que un amparo solicitan.

Vase por lateral izquierda, decidido á abrir, y le siguen dos ó tres.

ISABEL

Laura, ¡qué pronto se extinguen
las luces de la alegría!

LAURA

Tened paciencia; Dios es
luz de bondad infinita
que hará brillar la inocencia,
desterrando la perfidia.

VANDEL

Aún hay fuerza en nuestros brazos,
y nuestros pechos respiran,
y no es justo que juzguemos
nuestra causa por perdida

ESCENA XII

Dichos, Córdoba y Vandel

CÓRDOBA

Mientras llega.

Los dos soldados cayeron,
que nuestras espadas finas
cumplen en tales contiendas
su deber, á maravilla.

Llegando ante Isabel, seguido de Perrin y los que le acompañaron, que llevan del brazo á Vandel herido.

Señora, no os figuréis
que nuestro empeño declina.
Vengo á saber los acuerdos
que tomáis, y á que esta herida
de Vandel lavéis un poco
con un poco de agua fría.

Vase Rosa por lateral derecha, en busca de lo necesario para curar á Vandel.

LAURA

Y vos ¿no venís herido?

CÓRDOBA

A Laura, mientras los demás rodean á Vandel.

Sí, mas mi herida es más íntima
y la aplacan vuestros ojos
serenos cuando me miran.

Rosa vuelve con una palangana y varias vendas.—Laura y Córdoba se unen al grupo.

ISABEL

Yo curaré vuestro brazo.

VANDEL

Gracias; siempre sois la misma.
Sólo con que me toquéis
sanaré.

ISABEL

Dios lo permita.

Le venda amorosamente.

CÓRDOBA

Es un mozuelo que vale
por seis hombres, en la liza;

su espada es un rayo ardiente
que con luz extraña brilla,
y á la vez es un escudo
que su noble pecho libra;
á un tiempo acomete y para
las fieras acometidas.

VANDEL

No creáis eso, señora;
son juegos de cortesía.

ISABEL

A todos juzgo valientes
y por eso mismo vibran
en mí algunas esperanzas
de salvación todavía.

CHAUTEMPS

Aunque os duela mucho, pocas
son las esperanzas mías.

PERRIN

Animoso.

¡No digáis eso! Aún se puede
luchar; están nuestras vidas

dispuestas al sacrificio;
y si Calvino mancilla
la ley y la pisotea
impulsado por sus iras;
puesto que la fuerza es ley,
usemos la fuerza viva,
y logremos por la fuerza
lo que el amor no consiga.
Antes que á nosotros lleguen
las claras luces del día,
me alejaré de Ginebra
y, entre gentes campesinas,
elegiré á los colonos
de más valor y osadía,
y un ejército valiente
traeré en secreto á esta villa.
Hoy es sábado; mañana
no se ejecuta justicia,
por ser fiesta; el lunes puedo
tener mis legiones listas.
Haced vosotros lo mismo
con legiones aguerridas.

ISABEL

Bien pensado. Vos, Jessé
iréis con una misiva
para Bressón, mi colono,
y volveréis en seguida

á Ginebra, con las huestes
que reclutéis.—Isabel escribe un pliego que luego entrega á Jessé

PERRIN

A Jessé.—Prevenidas
tendremos nuestras cohortes;
mas hay que obrar con malicia
y con cautela, trayendo
diseminadas las filas
y haciendo que acudan todos
por separado á una cita
á la iglesia de San Pedro
donde Calvino predica.
Yo estaré oculto en la sombra
y cuando el traidor dirija
la palabra á las mesnadas
de fervientes calvinistas,
saliendo de la penumbra,
gritaré con fuerza ¡Vivan
los patricios! A mis voces,
con invencible energía
caeremos sobre Calvino
y sobre los que le sigan.

CHAPEO ROJO

Yo, encaramado en el púlpito
sabré hacer una sangría
en el cuello del tirano

con mi daga florentina.
Además, tengo las llaves
que de la libertad privan
á Servet, y mientras todos
luchemos...

CÓRDOBA

Yo, en compañía
de Vandel y de Chautemps,
acudiré á dar la dicha
á nuestro sabio, y al noble
Berthelier.

VANDEL

Muy bien urdida
está la trama.

CHAUTEMPS

¡Conformes!

PERRIN

Vivan los patricios!

TODOS

¡Vivan!

ISABEL

Puesto que todos estamos
decididos á esta intriga,
permitid que un juramento
firme y solemne os exija.
¡Jurad seguir adelante
ante esta cruz de amatistas!

Les presenta la cruz que lleva al pecho, y todos con solemne gesto y gallarda apostura, inclinándose levemente, extienden las manos.

PERRIN

¡Juremos por Quien murió
en la cruz santa y bendita
no retroceder un paso
en la empresa acometida!

CÓRDOBA

Mirando significativamente á Laura.

¡Sí; juremos en ventura
convertir tanta desdicha!

TODOS

¡Juramos!

ISABEL

Con voz maternal.

Dios os lo premie
y os dé su luz para guía.

Durante la escena del juramento, Rosa habrá salido por lateral derecha, tornando á poco con una bandeja llena de copas.—Detrás llega Fritz con una botella de vino.

ROSA

A Isabel, respetuosamente

Con vuestra venia. Señora,
¿vuestra bondad autoriza
á estos caballeros para
que mitiguen su fatiga?

ISABEL

Bebed, buenos aliados
de una causa buena y digna.

Fritz llena los vasos y Rosa va repartiéndolos.

PERRIN

¡Brindo por la libertad
de la gente ginebrina!

CÓRDOBA

¡Por Servet y por Ginebra!

CHAPEO ROJO

Por la anhelada caída
de los tiranos impíos!

VARIOS

Abajo la tiranía!

Beben.

ROSA

A Fritz.

Trae la llave de la puerta
secreta, y á toda prisa
dispón disfraces.—Vase Fritz.

ISABEL

Satisfecha. —Ya veo
que eres mujer precavida.

ROSA

Tras de esa puerta pequeña
hallaréis una salita

para vestiros y junto
á su puerta, una salida
á una estrecha y tortuosa
calle que nadie vigila.

FRITZ

Volviendo con un saco lleno de trajes.

Vuestras órdenes espero.

PERRIN

¡Partamos¡

ISABEL

¡Que nada os rinda!

Uno á uno, besan con fervor la mano de Isabel, y van desapareciendo por el misterioso postigo abierto por Fritz, que les sirve de guía — La puerta queda abierta.

ESCENA XII

ISABEL, LAURA y ROSA

ISABEL

¡Día borrascoso!

ROSA

Descansad un rato,
que los corazones
piden el reposo,
tras el soplo ingrato
de las emociones.

ISABEL

Inútil sería
mi débil empeño
contra el dolor fuerte,
que la pena mía
sólo curaría
cayendo en el sueño
largo de la muerte.

LAURA

Vos que habéis salvado
del dolor el alma

que mi cuerpo anima,
sabéis que el cuitado,
cuando tiene calma,
á su bien da cima.
Dormid un instante,
dormid dominando
vuestro indócil pecho,
y yo, vigilante,
quedaré velando
junto á vuestro lecho.

ROSA

¡Acceded!

ISABEL

Sí, vamos,
que vuestras razones
sanas me han vencido;
mas antes digamos
breves oraciones
por los que han partido.

Se ponen en pie; Isabel en medio, con las manos juntas sobre el pecho.

Dios de las alturas
que en horas aciagas,
con tu mano curas
las acerbas llagas
del fiero dolor;

Dios, que de mil modos
muestras tu amor santo,
tiende sobre todos
el augusto manto
de tu santo amor.
Hacedor, que viertes
el bien sobre el mundo
y con luz conviertes
el campo infecundo
en fresco vergel,
escucha las cuitas
que á tu Trono elevo
y jamás permitas
que caiga de nuevo
Caín sobre Abel.
Tú, que tantas veces
á todos oiste,
al oir las preces
que esta sierva triste
dice con fervor,
sobre la amargura
de mi intenso llanto
tiende con dulzura
el augusto manto
de tu santo amor.
Tú que en giros suaves
sobre todo vuelas
y haces que las naves
corran con sus velas
por el ancho mar;

calmando el violento
son de los ciclones,
guía con tu aliento
las embarcaciones
que van á zarpar.
Dios de las alturas,
que en horas aciagas
con tus aguas puras
nuestra sed apagas
y haces nuestro bien,
guarda los senderos
que pise mi fuerte
legión de guerreros
y ampara su suerte
contra el mal.

LAURA y ROSA

Amén.

Vase Isabel, seguida de Laura y de Rosa, por lateral derecha.

ESCENA XIII

LAFONTAINE, D'ARLOD y varios ESBIRROS, luego FRITZ.

Tan pronto como desaparece Isabel con sus dos fieles servidoras, en el fondo obscuro de la puerta de escape—que ha quedado abierta por un descuido de Fritz — aparece cautelosamente la repulsiva figura de Lafontaine. Entra con infinitas precauciones é imponiendo silencio á D'Arlod y á los esbirros que le siguen.

LAFONTAINE

Estos villanos corridos
son cándidos en extremo.
El buen Fritz nos ha dejado
paso libre, sin saberlo.
Pensaban que la calleja
que da al vetusto convento
iba á estar desamparada
para lograr sus proyectos;
mas Calvino, por su dicha,
tiene muy buenos sabuesos,
y aquí hallarán buena caza
pronto, por lo que sospecho.

D'ARLOD

No hará esperar su retorno
el simpático hostelero
que nos ofrece su casa
con tanto comedimiento.

LAFONTAINE

Cuando llegue, cortésmente,
lanzaos sobre su cuello,
amordazadle, y, seguro,
conducidle atado y preso
al Obispado. Yo, mientras
vosotros atéis su cuerpo,
le arrebataré la llave
de este postigo secreto,
y á que regresen los otros
con paciencia esperaremos,
y ya veremos, amigos,
qué cara ponen, al vernos.

Escuchando.

Suenan pasos. Fritz se acerca.
¡Guardad la puerta! ¡Silencio!

Escóndense á ambos lados de la puerta, y cuando entra Fritz, le amordazan y maniatan, sosteniendo con él una lucha muda.—Lafontaine le arrebata la llave. Los demás se llevan á Fritz, que aún hace esfuerzos por recobrar su libertad.

ESCENA XIV

LAFONTAINE

¡Ah, soberbios protectores
de Servet, habéis caído
en mis manos: vuestro nido
ya no tiene defensores!
Sufriréis nuestros rigores;
cesará vuestra ufanía;
caerá vuestra valentía
despectiva y vanidosa,
y en cuanto á vos, bella Rosa,
aunque me odiáis, seréis mía.

Vase por la puerta de escape.

ESCENA XV

ROSA, luego ISABEL y LAURA

Se percibe, como si llegase de la lejanía, el sonido agudo de los pífanos, acompañado de vez en vez por un tétrico redoble de timbales.—Rosa acude á la ventana, con marcado sobresalto, y levanta las cortinas para saber la causa de tal concierto á tan altas horas.

ROSA

¿A qué obedece esa música
que llena el alma de miedo?
Los redobles compasados
tienen un sonido tétrico,
pues suenan cual las campanas
cuando doblan por un muerto.
Ya se aproximan, y turban
la majestad del silencio
esos pífanos que alteran
con su agudo clamoreo,
poniendo en los corazones
la tenaza del misterio.

Abre la ventana, y á la habitación llegan más precisas las agudas notas y más rotundos los tristes redobles, envueltos en una húmeda bocanada de viento otoñal.

Cesó la lluvia furiosa;
mas se ha despertado el viento
que se estrella en las paredes
y se filtra por los hierros
y va aullando por las calles
lo mismo que un lobo hambriento.
Los faroles, en los charcos,
dan misteriosos reflejos,
y parece que la noche
lleva la muerte en su aliento.
Esas músicas me aterran;
semejan crujir de huesos,
y parece que presagian
algo fúnebre y siniestro.
Ya se acercan, ya se acercan
con su son pausado y lento.
El terror me asalta y hace
que tiemble todo mi cuerpo...
¿Qué será? ¡Dios nos asista!
¡Estoy tan sola! ¡Cerremos!

Cierra violentamente la ventana, como si tratase de borrar con su mano la visión de algún fantasma pavoroso, y al llegar al centro de la escena, se encuentra con Isabel y Laura, que acuden impulsadas por la curiosidad y el temor.

ISABEL

Rosa.

ROSA

¿Señora?

ISABEL

¿No sabes
qué extraños sones son esos?

LAURA

Serán toques de díana
que anuncian el día nuevo.

ISABEL

Aún faltan bastantes horas
para que amanezca.

ROSA

Es cierto.

ISABEL

Todavía está la noche
velando la luz del cielo.

ROSA

Aún no cantaron los gallos,
que siempre son los primeros
en anunciar el arribo
del alba.

ISABEL

De temor tiemblo.

ROSA

También á mí esos redobles
desazonada me han puesto.

ISABEL

Algún pobre que en la hoguera
sentirá el chisporroteo
de las ramas encendidas
y agitadas por el fuego.

ROSA

No sé, no sé; pero auguro
que no anuncian nada bueno.

ISABEL

Lúgubres son los compases
de ese nocturno concierto,
y han de ser tristes heraldos
de algún lúgubre suceso.

ROSA

Volviendo á la ventana y abriéndola de nuevo.

Nada se ve; pero suenan
más cerca cada momento.

En la puerta de la izquierda suenan fuertes é insistentes golpes.—Rosa abre, y aparece D. Luis de Córdoba, demudado y anhelante.

ESCENA XVI

ISABEL, LAURA, ROSA y CÓRDOBA, luego PERRIN

Movimiento de angustiosa expectación.

ISABEL

¡Don Luis!

CÓRDOBA

¡La maldad maldita
consiguió vencer de nuevo!

LAURA

¿Qué ocurre, don Luis?

ROSA

¿Qué hicisteis?

ISABEL

¿De quién fué el fracaso?

CÓRDOBA

Con desaliento.

¡Nuestro!

ISABEL

Lo decía el corazón.

ROSA

Calma, señora.

LAURA

Esperemos.

A partir de este instante Isabel, presa de una indescriptible excitación, va demudándose gradualmente.—Entra Perrin con la palidez de la ira en el rostro, y se sienta, desfallecido, en el banco que sirvió de lecho á Jessé. — Todos le rodean.

ISABEL

Resolved las fieras dudas
que clavan en nuestros pechos
las hojas de sus puñales
impregnados de veneno.

PERRIN

Levantándose.

Más elocuente es, á veces,
señora, guardar silencio.

ISABEL

Hablad, aunque vuestras frases
acrecienten mi tormento.

PERRIN

Mis palabras descarnadas
honda herida van á haceros,
y antes que veros herida
quisiera quedarme muerto.
Pero, en fin, ello es preciso.

ISABEL

Hablad; por Dios os lo ruego.

PERRIN

Haciendo un esfuerzo.

Apenas llegamos todos,
por la obscura noche envueltos,
á la plaza del Molard,
cuando sentimos los ecos
de esa procesión fatídica
cuyo son estáis oyendo,
y vimos...

Lleva sus manos á los ojos y un sollozo desgarrador rompe su garganta.

ISABEL

Concluid, amigo...

PERRIN

Sin contener su emoción.

Vimos á Servet en medio
de dos filas apretadas
de rudos arcabuceros.

Pregonando la sentencia
va un hombre delante de ellos.

ISABEL

Enloquecida.

¡Dios, es posible?

ROSA

¡Señora!

ISABEL

Acongojada.

¡Servet condenado!

CÓRDOBA

Tristemente.

Es cierto.

PERRIN

Con rabia

El solapado Calvino
sin hacer caso de fueros,
y sospechando, sin duda,
nuestros ocultos intentos
de quitarle por la fuerza
lo que perdimos por buenos,
rápidamente ha dictado
la sentencia, sin dar tiempo
á realizar nuestra empresa
que no pasó de proyecto.

CÓRDOBA

La maldad ha madrugado
más que los buenos deseos.

ISABEL

¿No habrá salvación posible?

ROSA

En desesperada súplica.

Pensad algo, caballeros.

CÓRDOBA

Sólo el agua milagrosa
podrá apagar este incendio.

ISABEL

¡Ya están aquí!

PERRIN

Tened calma.

LAURA

Recemos, Rosa, recemos.

Los pífanos y los timbales, ya debajo de la hostería, hacen pasar un estremecimiento de terror por todos los cuerpos. Isabel, enloquecida por el dolor, se asoma á la ventana, abierta antes por Rosa, y mira á la calle con ansiedad.—En la sala irrumpe como un torrente de maldición la voz del pregonero, que dice:

¡Paso al reo, paso al reo
Miguel Servet y Revés,
natural de las Españas,
y acusado por la ley
de sedición, de blasfemia
y de atentado á la fe!
¡Paso al reo, paso al reo,
que por nuestro santo bien,
va á morir en una hoguera
sobre el llano de Champel!

ISABEL

Loca de dolor, después de un grito inenarrable.

El es; él es... Mirad su rostro altivo
de palidez fatídica cubierto...
El es, él es; mirad...

ROSA

Queriendo retirarla de la ventana.

¡Por Dios!

LAURA

Arrastrando á Isabel por un brazo.

Cautivo
está en la red fatal; pero no muerto.

ISABEL

¡Qué nobleza en sus ojos soñadores
y cuánta majestad en su sonrisa!

Mirad... mirad sus rizos voladores
que juegan bajo el soplo de la brisa.

Exaltada.

¡Miguel!...

PERRIN

Acercándose á Isabel.

Por Dios lo pido, tened calma
y probad vuestra invicta fortaleza.

ISABEL

Con intensa amargura y dejándose conducir al centro de la escena, como sin fuerzas.

No es posible la calma, cuando el alma
expira en la prisión de la tristeza.

Córdoba acerca un sillón é Isabel se deja caer en él. – Eleva los ojos al cielo.

Soberano Señor, muestra triunfante
la luz de la inocencia con tu mano;
no te pido la vida de un amante,
te suplico la vida de un hermano.
No consientas, Señor, que la perfidia
apague el esplendor de la inocencia;
desmenuza el imperio de la envidia
y ampara la virtud con tu clemencia.
Es absurdo, mi Dios, este suplicio
lleno de una injusticia abrumadora;
evita, pues, mi Dios, el sacrificio
de un siervo reverente que te adora.

Si es preciso el tributo de una vida,
apaga la existencia que te ofrezco,
y respeta la suya bienquerida:
ordéname morir, que te obedezco.

Poniéndose en pie.

Señor de los ejércitos, escucha
las preces que á tus ámbitos dirijo,
y no hagas que perezca en esta lucha
de pérfida impiedad, tu mejor hijo.

Después de una corta pausa.

Mas no escuchas mi voz, Señor del cielo,
ni aceptas la oración que te consagro,
ni calmas las angustias de mi anhelo
con la luz esplendente de un milagro.

Escuchando.

Oid; ya no nos trae la voz del viento
el fúnebre temblor de los timbales...
Ya se aleja Servet con paso lento
entre filas de innobles criminales.
No cabe salvación... ¡Todo ha concluído!
La esperanza en dolores se convierte,
y parece que suenan en mi oído
las sentencias del ángel de la muerte.
Ya estará su figura escarnecida
sobre el trono fatal de la retama,
y morderá su carne dolorida,
igual que una serpiente, cada llama.

Vuelve á la ventana lentamente; todos la contemplan con respeto.

¡Oh, Servet!... Morirás á fuego lento
prendido por un hombre que nos teme;
mas siempre vivirás, que el pensamiento,
no existe llama viva que lo queme.

Vuelve á oirse el son de los timbales,
y de los pífanos, ya muy lejano.

¡Oh! Perrín, Laura, Rosa, amigos míos,
que enmudezcan, por Dios, esos timbales,
que llegan hasta mí como los fríos
aceros de satánicos puñales.

El ánimo de Isabel decae.

¡Laura! ¡Rosa! ¡Venid, casi no veo!
¿Podrá salvarse acaso?

ROSA

Asiéndola de un brazo para acompañarla al sillón.

¡Dios lo sabe!

PERRIN

Señora, descansad.

ISABEL

Con desgarradora amargura.

Eso deseo;
pero con un reposo que no acabe.

Oyese la lejana voz del pregonero é Isabel da un grito desesperado, inclina repentinamente la cabeza sobre el hombro y cae desplomada. Rosa toca su frente y su pecho; todos se acercan llenos de estupor.

ROSA

Levantando á medias el cuerpo de Isabel, que vuelve á desplomarse.

El amor ha segado su vida.

Cae sobre el cadáver, cubriendo de besos su cara.

LAURA

Arrodillada.

Levantaos, señora, por Dios.

PERRIN

No responde.

LAURA

¡Escuchad!

CÓRDOBA

No responde.

LAURA

Es verdad, la ha matado el amor.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, LAFONTAINE y tres esbirros, que aparecen de improviso por la puerta de escape.

LAFONTAINE

Adelantándose.

¡En nombre de Calvino, daos presos,
amantes de una idea irreverente!

Vé el cadáver de Isabel, y queda como petrificado, después de descubrirse con respeto.

CÓRDOBA

Desenvainando la espada.

¿También llegáis aquí, finos sabuesos
de un cazador mortal é intransigente?
Por lograr vuestro fin no miráis nada,
curtidos en el crimen y en los robos.
¡Atrás, hambrienta y pérfida manada
de famélicos lobos!
¡Contemplad vuestra obra horrible y fiera
que á los hombres espanta:
allí, Servet, ardiendo en una hoguera;
aquí el cadáver yerto de una santa!

Rosa, enardecida al ver á Lafontaine, rápida como un rayo y sin que nadie pueda oponerse á su furia, se apodera de la espada de Córdoba, y la hunde en el pecho poco generoso del secretario calvinista.

ROSA

¡Saldad, hombre valiente,
la cuenta que teníamos pendiente!

Lafontaine cae en brazos de los esbirros, que acuden á él y se lo llevan por la puerta secreta. Perrin sale en pos de ellos.

ROSA

Extendiendo la espada sobre el cuerpo de Isabel.

Mi señora, el doctor está vengado.

LAURA

Buscando refugio junto á Córdoba.

Dos vidas admirables se han rendido,
y hasta el Trono de Dios habrán llegado
dos almas en un vuelo estremecido.

CÓRDOBA

Apoderándose de las manos de Laura.

Sanemos con plegarias esta herida.

LAURA

Lloremos este amargo desenlace.

CÓRDOBA

Y unamos nuestro amor, que así es la vida:
¡donde muere un amor, otro amor nace!

TELÓN

FIN DE LA TRAGEDIA

OBRAS DE G. GONZALEZ DE ZAVALA

Sonatas (Poesías).
Sendero de paz (Poesías).
Miguel Servet, tragedia, en colaboración con Joaquín López Arístegui.

EN PREPARACIÓN

Horas de meditación
Rocío
Mariposas
Canciones de un peregrino
} Poesías.

OBRAS DE J. LÓPEZ ARÍSTEGUI

Miguel Servet, tragedia, en colaboración con Germán González de Zavala.

EN PREPARACIÓN

Noches de insomnio (Poesías).
Juanón, drama, en colaboración con G. G. de Zavala.
La vida de un romántico (Novela).
Ruindades y miserias (Pequeñas filosofías).

GTU Library
3 2400 00411 6178

DATE DUE

GAYLORD PRINTED IN U.S.A.

GTU Library
2400 Ridge Road
Berkeley, CA 94709
For renewals call (510) 649-2500
All items are subject to recall.